



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



José Pool, *Mi sombra vuela junto a un pájaro*, de la serie *Mi sombra*, 2006, xilografía, 13 x 20 cm

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
De sirenas a sirenas / René Avilés Fabila	
CONCURSO 37 DE PUNTO DE PARTIDA	13
SEGUNDA ENTREGA	
Con la posibilidad de hablar como si fuera un poema (poesía) / Omar Soto Martínez	14
La santa de los casos perdidos (crónica) / Norma Irene Aguilar Hernández	22
Mi sombra (gráfica) / José Pool	28
Ayoloco (cuento) / Marco Antonio Silva Martínez	39
Adiós (cuento breve) / Aralia Valdés Vargas	48
El ataúd de cristal, de A. S. Byatt (traducción literaria) / Liliana Andrade Llanas	49
EL RESEÑARIO	
<i>El hierro y la pólvora: historia y ficción</i> / Rodrigo Martínez	59
(Sencillamente) espectacularmente supersónico / Luis Téllez Tejeda	62

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Gerardo Estrada
Coordinador de Difusión Cultural

Gerardo Kleinburg
Director de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 139, septiembre-octubre 2006

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Rodrigo Martínez
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración: Said Dokins, Mario M. Reyes, Manuel
Díaz / Taller coordinado por Santiago Ortega
Ilustración de portada: José Pool,
de la serie *Mi sombra*
Impresión: Imprenta de Juan Pablos S.A.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

www.literatura.unam.mx

correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx

cestrada@correo.unam.mx

Este número abre, en su Árbol Genealógico, con la colaboración generosa del narrador, ensayista y periodista René Avilés Fabila, quien regresa a estas páginas décadas después de haber publicado en ellas, y regala a nuestros lectores “De sirenas a sirenas”, texto que derriba el carácter de objeto sexual asociado a estos seres míticos.

Presentamos también la segunda entrega del material ganador en el Concurso 37 de *Punto de partida*, cuya ceremonia de premiación tuvo lugar recientemente en la sala Carlos Chávez de la UNAM. Incluimos esta vez una serie de trabajos galardonados en distintas categorías: “Con la posibilidad de hablar como si fuera un poema”, de Omar Soto, segundo premio otorgado por Myriam Moscona, Francisco Hernández y Rocío Cerón, poema en el cual su autor experimenta con el lenguaje y el formato de los mensajes enviados a través de los teléfonos celulares; el primer lugar en crónica, “La santa de los casos perdidos”, retrato de primera mano de la devoción a la Santa Muerte y las prácticas mercantiles satélites del culto, de Norma Irene Aguilar; “Mi sombra”, primer premio en gráfica, espléndida serie de xilografías de José Pool, una de las cuales ocupa nuestra portada; dos cuentos: “Ayoloco”, de Marco Antonio Silva, y “Adiós”, de Aralia Valdés, acreedores del segundo lugar en cuento y cuento breve, respectivamente, y para finalizar, la versión de Liliana Andrade a “The Glass Coffin”, relato de la inglesa A. S. Byatt, correspondiente al segundo premio de traducción literaria.

Cerramos esta edición con nuestro Reseñario, que publica las reflexiones de Rodrigo Martínez sobre *El hierro y la pólvora*, de Jorge Galván, novela que mereciera el Premio UNAM-Alfaguara 2005, y un acercamiento de Luis Téllez a la obra del compositor morelense Juan García Esquivel.

Por último, vaya una invitación a todos nuestros lectores a participar en el Concurso 38 de *Punto de partida*, cuyas bases aparecen en estas páginas. ♪

ensayo · poesía · teatro · cuento · artes visuales
número de aniversario: **INFRARREALISMO**

Septiembre 2006 Revista trimestral
Año 1 Número 5 **520**

Viento en vela

Entrevistas con:
ROBERTO BOLAÑO
JOSÉ VICENTE ANAYA
MARCO LARA
MANIFIESTOS
INFRARREALISTAS
poesía INFRARREALISTA



De sirenas a sirenas

René Avilés Fabila

Sirenas. Eran éstas unas ninfas del mar que tenían el poder de hechizar con su canto a todo aquel que lo oía; los desgraciados marineros se sentían irresistiblemente a arrojar al mar y morían.

Thomas Bulfinch

Por años hemos vivido engañados, qué digo años, por siglos. Todos imaginan a las sirenas como afortunados seres mitad mujer y mitad pez. Yo mismo he llegado a visualizarlas de este modo, aunque en momentos albergué la sospecha de que la naturaleza o las deidades hubieran podido hacer una broma pesada al ponerlas al revés de nuestras creencias: del cuello hacia abajo, hermosos cuerpos femeninos, y sobre los hombros cabezas de pez con ojos inexpresivos, repugnantes, fríos, y de esta manera lo escribí.

Estamos equivocados, así no eran las sirenas. No como lo propalaron algunos historiadores y poetas. La historia es cambiante y en nada se parece a una ciencia. Mejor dicho, en palabras del erudito Ángel María Garibay: la antigua religión griega no era dogmática “como sucede con religiones elaboradas a un grado superior. Es natural que el pueblo y aun los sabios modificaran a su placer a veces los datos tradicionales”.

La verdad se ha impuesto, como suele suceder, y la teoría, alimentada por algunas ilustraciones en vasijas, murales y, desde luego en textos clásicos, ahora cobra certeza al encontrar una serie de pruebas irrefutables que nos muestran que las sirenas, a pesar de que vivían en los océanos, estaban formadas por un cuerpo de ave y rostro de mujer; en consecuencia, carecían de aletas, y en su lugar tenían alas, aunque eran incapaces de volar. Los pingüinos y las gaviotas, por citar dos especies de aves, viven cerca del mar, zambulléndose con frecuencia, encontrando un grato placer dentro de las aguas marinas, sin ser plenamente acuáticas. Según imágenes de la Grecia clásica, las sirenas realmente eran seres repugnantes y sólo un enfermo de zoofilia extrema tendría relaciones sexuales con ellas.

Al parecer, a la lujuria masculina le debemos la imagen de una bella y sensual mujer, de cabellos húmedos y ensortijados, con una cola de pez, sobre una roca, en espera de ilusos. El citado Garibay explica que “se les dio el sentido de seres ávidos

René Avilés Fabila (Ciudad de México, 1940). Narrador y ensayista. Fue cofundador del diario *Unomásuno*. Ha colaborado en publicaciones como *Juego de Hojas*, *La Cultura en México*, *Mester* y *Revista de la UNAM*. Fue director del suplemento *El Búho* del diario *Excelsior*. La fundación que lleva su nombre coordina la realización de la revista *El Universo del Búho*. Entre sus obras destacan las novelas *El gran solitario de palacio* (1970), *Tantadel* (1975), *La canción de Odette* (1982) y *Réquiem por un suicida* (1993), así como los compendios de cuento *Hacia el fin del mundo* (1969), *Fantías en carrusel* (1978) y *Cuentos de hadas amorosas y otros textos* (1998). Fue Premio Nacional de Periodismo Cultural en 1991. En 1997 recibió el Premio Nacional de Narrativa Colima para Obra Publicada por *Los animales prodigiosos* (1990). Su trabajo más reciente es la novela *El reino vencido*. Actualmente es director de *Revista de revistas*.

de experiencias sexuales que por eso intentan atraer a los marinos y pescadores”. Ha sido, pues, una especie de símbolo sexual, pero, si uno se topara con una de ellas, ¿cómo hacerle el amor?

No quedan precisas las razones por las cuales se originó la confusión, pero no hay en nuestros días un libro o filme que al describir a las sirenas no las ofrezcan como mitad mujer, mitad pez. Quizá se deba a que resulta más atractivo un ser así que una simple ave, parecida a las de corral, indigna de aparecer en una historia con características de epopeya, cuyo rostro es de mujer fea. Es más bien ridículo. Pero así eran o son. En Sicilia, en una costa abandonada, han encontrado no sólo una multitud de pruebas pintadas en muros y representadas en desconcertantes esculturas, sino también restos fosilizados de una sirena: huesos de una especie gallinácea con cráneo femenino. Lo indican asimismo las historias en las paredes de un templo recién excavado por los arqueólogos; su función no era la de encantar y matar marinos: se limitaban a ser extraños personajes de diversión teatral. Aparecían en los escenarios helénicos y cantaban ante una audiencia que no dejaba de comentar algo irreverente: cómo era posible que a aquellos seres pequeños y ridículos, grotescos, Zeus les hubiera dado voces tan hermosas.

Las sirenas nacen de la musa Caliope y el dios-río Aqueloo, extraña unión que las engendró. Si hubo irreflexión e incluso perversidad al darles forma, fueron recompensadas con una voz de inmensa dulzura y musicalidad (heredada de su madre), que fue la perdición de muchos marinos que las escucharon cantar. Prueba de ello es el tormentoso retorno de Ulises a Ítaca y el osado viaje de los argonautas en busca del vellocino de oro. En el primer caso, Ulises se salvó al seguir la recomendación de Circe: su tripulación se puso cera en los oídos para evitar el canto de las sirenas, mientras él, fuertemente sujeto al mástil del barco, podía escucharlas. En el segundo, los argonautas evitaron la muerte porque entre ellos iba Orfeo, cuya música era más sonora y hermosa que la de las sirenas.

Es posible que muchas muertes de marinos se deban al choque inesperado con la realidad. Si el hombre que se arroja a las aguas saladas tiene la imagen grabada de una hermosa mujer, de pechos magníficos, qué sucede al encontrar una ridícula y grotesca variedad de gallina, cuyos ojos femeninos coquetean con él: no queda más que morir por la aterradora impresión.

Con el tiempo, la historia —que también tiene una concepción estética que defender—, prefirió la versión que muestra a las sirenas sensuales con cola de pez, cuya belleza cautiva a los hombres, y permitió la extinción de esas patéticas gallináceas de fascinante voz.

REVISTA PUNTO DE PARTIDA



1.- Podrán participar todos los estudiantes de bachillerato, licenciatura y posgrado de México.

2.- Los trabajos deberán ser inéditos. En el caso de textos, deberá entregarse original y dos copias, escritos en computadora o máquina de escribir, a doble espacio. En el caso de obra gráfica y fotografía, sólo se entregará el material original. Todos los trabajos deberán ser firmados con seudónimo y entregados en un sobre que presente en el exterior el título del trabajo, la categoría en que concursa y el seudónimo del autor, y que contenga además un sobre de menor tamaño, cerrado, con los datos siguientes:

Nombre completo del autor, seudónimo, rubro en el que concursa, título del trabajo, escuela, número de cuenta o matrícula, copia de credencial u otro documento que lo acredite como estudiante, domicilio particular (calle, número, colonia, delegación o municipio y código postal), teléfono y, si se tiene, dirección de correo electrónico.

3.- El tema de los trabajos es libre y su extensión deberá ser la siguiente:

Crónica: de cinco a quince cuartillas.

Cuento: de cinco a quince cuartillas.

Cuento breve: dos cuartillas como máximo.

Ensayo de creación (no artículo académico):

de cinco a quince cuartillas.

Fotografía: una serie temática de cinco a diez originales tamaño 8 x 10 en blanco y negro.

Gráfica: una serie temática de cinco a diez originales en formato media carta, a una tinta, en cualquiera de las siguientes disciplinas: estampa, dibujo o gráfica digital.

Poesía: de diez a quince cuartillas.

Traducción literaria (francés / español o inglés / español):

de cinco a diez cuartillas. Deberá anexarse copia del texto publicado en la lengua original.

4.- Se podrá participar en una o varias categorías. Podrá inscribirse sólo un trabajo por categoría.

5.- Ningún trabajo será devuelto, a excepción de los originales en fotografía y gráfica.

6.- La fecha límite de entrega es el miércoles 28 de febrero de 2007, de 9:00 a 14:30 y de 17:00 a 20:00 horas. Si los trabajos son enviados por correo, se tomará en cuenta la fecha del matasello postal. No se recibirán trabajos durante el periodo vacacional de la UNAM (del lunes 18 de diciembre de 2006 al lunes 8 de enero de 2007).

7.- Se otorgarán dos premios (primer y segundo lugar) en cada categoría. El primer lugar recibirá \$ 6,000.00 (SEIS MIL PESOS M.N.), el segundo lugar recibirá \$ 4,000.00 (CUATRO MIL PESOS M.N.). Ambos premios incluyen la publicación del trabajo ganador en la revista Punto de partida, un reconocimiento y un lote de libros editados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

8.- El jurado podrá otorgar las menciones que considere pertinentes en cada categoría. Estas recibirán un reconocimiento y un lote de libros publicados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

9.- El jurado calificador estará compuesto por personas de trayectoria reconocida.

10.- El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer directamente a los ganadores y en medios de comunicación.

11.- Los casos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por la Dirección de Literatura de la UNAM.

Entrega de trabajos en Revista Punto de partida / Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural UNAM, Zona administrativa exterior, edificio C, primer piso (frente al Museo de las Ciencias Univeraum), Insurgentes sur 3000, Coyoacán, Ciudad Universitaria, 04510 México, Distrito Federal.

Informes en el teléfono: 5622-62-01 o en cestrada@correo.unam.mx y partidar@servidor.unam.mx www.literatura.unam.mx/

Concurso 37 de la revista **punto de partida**

PREMIOS Y MENCIONES

CRÓNICA

Primer premio

La santa de los casos perdidos

Norma Irene Aguilar Hernández
Facultad de Ciencias Políticas, UNAM

Segundo premio

Crónica de un andariego

Raúl Gerardo Oriantía Bustos
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Mención

Puro desencanto

María del Pilar Guadalupe Cañete Osorio
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
Jurador: Emiliano Pérez Cruz, Marco Lara Klahr

CUENTO

Primer premio

El vuelo de Banifacio

Carlos Alvahuente Cortez
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Segundo premio

Ayoloco

Marcos Antonio Silva Martínez
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Menciones

El vigilante nocturno

León Alejandro Herrera Arriaga
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Muestran conejos

Lara Jirresa Álvarez
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Los peces rojos

Gerardo Antonio Martínez Vázquez
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Malestar

David Prunera Sentien
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
Jurador: Guillermo Sampedro, Ana María Gomis, Andrés Acosta

CUENTO BREVE

Primer premio

Atenea

Mario Alberto Bautista Villanueva
Universidad Autónoma de Chiapas

Segundo premio

Adiós

Amilia Valdés Vargas
Facultad Nacional de Antropología e Historia

Mención

Testigo voluntario

María del Pilar Guadalupe Cañete Osorio
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurador: Lorea Zavala, Marcial Fernández, Víctor Calvez

ENSAYO

Primer premio

Breve física artística

José Francisco Batrón Tovar
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Segundo premio

Sobre la prudencia de las grietas

Julian Pío Gómara Jiménez
Universidad Autónoma Metropolitana, Toluca

Mención

Un cigarrillo en Trieste

Enrique José Uribe Flores
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurador: Héctor Peña, Luis Felipe Haber

FOTOGRAFÍA

Primer premio

La Santa Muerte

Francisco Marcial Paloma Lagunas
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Segundo premio

2^a serie centro

Cipriani Martínez Uribe
Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado
"La Esmeralda"

Menciones

Ellos, por allá en esos lugares

Luisa Estrada Sánchez
Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

Masivas, "El público"

Trinidad Balboa Dávila
Instituto de Física, UNAM

Noche de puentes

Cristina A. Aguilar Pérez
Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

Jurador: Javier Jiménez, Francisco Kochen

GRÁFICA

Primer premio

Serie "Mi sombra"

José Edvigio Paul Ojeda
Academia de San Carlos, ENAH, UNAM

Segundo premio

Recursos literarios

Timoteo Nepomaceno Mejía
Facultad de Ciencias, UNAM

Menciones

"La gallina degollada" de Horacio Quiroga

Saúl Emmanuel Udozins Milán
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Museo-play-pause-rewind-forward

Sergio Alejandro Trejo Cardenas
Academia de San Carlos, ENAH, UNAM

El solo espejo de tus sentidos

Ana Cristina Novato Cárdenas
Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

Jurador: Sol García-Serúas, Santiago Ortega

POESÍA

Primer premio

In anima vili

Santiago Noel Matías Escobar
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Segundo premio

La posibilidad de hablar como si fuera un poema

Óscar Soto Martínez
Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado
"La Esmeralda"

Menciones

Malos poemas

Jorge Octavio Martínez Acosta
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Estudio

Manuel Ernesto Peña Aguilar
Universidad de Sonora

Jurador: Myriam Moscona, Francisco Hernández, Rocio Cerón

TRADUCCIÓN LITERARIA

Primer premio

Se declara DESIERTO

Segundo premio

El atado de cristal, de A.S. Byatt

Elisavinda Andrés Uribe
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurador: Mónica Marsour, Marina Fe



Concurso 37

Segunda entrega

Con la posibilidad de hablar como si fuera un poema / Segundo premio de poesía

Omar Soto Martínez / Artes Plásticas

Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado “La Esmeralda”

Jurado: Myriam Moscona, Francisco Hernández, Rocío Cerón

La santa de los casos perdidos / Primer premio de crónica

Norma Irene Aguilar Hernández / Ciencias de la Comunicación

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

Jurado: Emiliano Pérez Cruz, Marco Lara Klahr

Mi sombra / Primer premio de gráfica

José Ediviges Pool Ojeda / Maestría en Artes Visuales

Academia de San Carlos, ENAP-UNAM

Jurado: Sol Garcidueñas, Santiago Ortega

Ayoloco / Segundo premio de cuento

Marco Antonio Silva Martínez / Maestría en Letras Mexicanas

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Guillermo Samperio, Anamari Gomís, Andrés Acosta

Adiós / Segundo premio de cuento breve

Aralia Valdés Vargas / Antropología Social

Escuela Nacional de Antropología e Historia

Jurado: Lauro Zavala, Marcial Fernández, Víctor Cabrera

El ataúd de cristal, de A. S. Byatt / Segundo premio de traducción

Liliana Andrade Llanas / Lengua y Literatura Modernas (Inglesas)

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Mónica Mansour, Marina Fe

Con la posibilidad de hablar como si fuera un poema

Omar Soto Martínez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

PRIMERO es la posibilidad
de un poema imposible
Posible imposible de escribir
No pretendo escribirlo
simplemente quiero ver cómo
brillan las palabras en el
fondo vacío de la pantalla del
celular en la mano en el brazo
en mi cuerpo Así se termina
el primer mensaje la primera
parte del poema la primera

Ilustraciones de Diana Haro Sauza, ENAP-UNAM



parte de la página La posibilidad de mandarlo y no mandarlo Las posibilidades de la aparición de un poema en el poema que se pretende escribir parecerían nulas Son nulas Sin embargo un poema no necesariamente tiene que llevar un poema adentro Serían dos poemas El primero es la imposibilidad menos imposible menos arriesgada La segunda es una posibilidad que se basa en la aparición de una palabra que está a punto de desaparecer del idioma de mi mano mientras teclea cada signo que forma una palabra Mi mano como la mano que ordena que tengo la posibilidad de escribir algo que podría ser como un poema que tiene que ser necesariamente un poema Lo necesario del primer poema es que tiene que ser legible La segunda necesidad del primer poema es que se pueda leer como si en realidad fuera un poema y

así la tercera cuarta quinta etc
etc etc de necesidades del
primer poema El segundo
poema es la posibilidad de lo
ininteligible La necesidad de
negación de la poética

SIN darme cuenta escribí
la segunda parte de este
poema que llegará a ser
poema justo unos cuantos
renglones antes de que lo
termine de escribir Arriesgo
un poco con el riesgo de que
no se entienda que este
poema es precisamente una
posibilidad La posibilidad
imposible o lo imposible de
una posibilidad Cada palabra
es una posibilidad de virar el
curso de cada línea de cada
verso del primer y del
segundo poemas que llegaran

TERCERO Recordar que
lo primero era tratar de no
escribir un poema Brillan las
palabras en el fondo del



celular como si cada palabra fuera el reverbero de otra palabra que está a punto de llegar Esa puede ser la primera metáfora que se entienda de este no poema que quiere llegar a serlo

PARA qué la necesidad de un poema que sea un no poema que al momento de ser escrito podría empezar a



serlo Si se trata de ser escrito
aparentemente siempre es
más fácil Empieza en una
palabra que podría ser
cualquier palabra luego la
letra con que empieza esa
palabra ergo la posibilidad de
empezar con cualquier letra y
así al infinito antes de
comenzar a escribir Así es
como empezó la posibilidad
ya casi imposible de escribir
un poema común y corriente

en la pantalla de mi celular
que no deja de brillar
mientras me decido a
teclearlo Cierro los ojos y
presiono al azar cualquier
tecla Los abro Parpadeo
Abrir y cerrar Los abro Los
cierro Parpadeo un número
infinito de veces Me detengo
en doce millones
cuatrocientos cincuenta y
ocho mil trescientos
veintiuno Con los ojos y la
mirada cansada redescubro
aún con asombro lo que ya...

CUARTO ídem primero
La imposibilidad de escribir
algo nuevo Escribir escribir
escribir Tautologías El
celular desaparece cuando se
apaga Apagado es la
posibilidad de prenderlo

QUINTO es la ausencia
de una metáfora que exprese
que he encendido el celular



REDESCUBRO aún con asombro lo que ya sabía Esta es la variación con que empieza el sexto Tomo de nuevo la metáfora del poema imposible y la posibilidad de articular algo Letra tras letra indago entre metáforas una palabra clave que me ayude a empezar por fin el poema Esa parte inarticulada del lenguaje que está a punto de aparecer en cualquier momento en cualquier lugar que podría no precisamente ser en esta pantalla de celular

NO llega el momento de
empezar Pienso en esa forma
de hacerlo Recuerdo
Rememoro Redescubro que
cuando presioné cualquier
tecla de mi celular apareció
un número Imposibilidad Esa
persecución que me viene
borrando desde hace varias
páginas La imposibilidad de
hacer un poema con números
1, 57, 24.7, 125 4866, 1/6,
3/5, 3/5, 3/5, 2, 85.248 Me
gusta Empiezo de nuevo 1, 2,
3, 4, 5.6, 874541, 5444,
0,0,0000000000000000000000
000000000000000000000000
000000000000000000 Así
hasta el infinito Ya no me
detengo La posibilidad de ya
no detenerme es este poema

La santa de los casos perdidos

Norma Irene Aguilar Hernández

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, UNAM

*P*or los violadores... ruega por ellos. Por los asesinos... ruega por ellos. Por los secuestradores... ruega por ellos. Los fervorosos que la desesperación ha convocado en el recinto guardan silencio, aprietan los ojos y se concentran para presentar todos sus males —por orden de importancia— al esqueleto con túnica de soberana celestial.

Con los ladrones, los presos, las prostitutas y los enfermos de sida se acaba la lista de peticiones en coro. Ha llegado el momento de implorar clemencia particular a La Santísima Muerte, la que todo lo puede, la que todo lo da —juran los convencidos— en menos tiempo que San Judas Tadeo o cualquier otro acreedor de la gloria en las alturas.

Aunque descalza y privada de carne, aquella armadura de huesos a tamaño natural es la imagen principal de la estropeada casona sin tendencia barroca. Sus cuencas vacías paralizan a quien la mira por primera vez, pero consuelan a quienes la ensalzan como sabedora de todos los dolores humanos. Hacia Ella camina, escurriendo tristeza, una mujer que no aguantó restregarse la cara con el manto de encaje hasta que terminara la misa.

De rodillas, aquel ser humano —de alma contrariada y cabeza encogida— soba dos manos yertas para escupir la súplica de una vida mejor. Aunque ignora las miradas que se han clavado en su agonía, un ensordecedor reclamo le obliga a alejarse del tuétano milagroso, por demás frío y con un aspecto que recuerda los dientes podridos:

¡Óyeme negra, pareces burra! ¿Qué no sabes que nadie puede saludar a La Santa hasta que acabe la misa?



Fotografías de Sergio Adair Martínez López, de la serie *Fe de huesos*, ENP 7-UNAM

Primero es Dios y después Ella, así que no pases como Juan por su casa y arrodíllate frente al altar mayor. Si pasas, persígnete, si regresas, persígnete... Todo silencio.



¡Carajo! Entiendan que mientras estemos bien con Dios y con La Santa, que se vayan a la tiznada los angelitos... termina de vociferar el padre David Romo Guillén con la misma mezcla de orgullo y seguridad que le provoca el que todos sepan que casó a la actriz Niurka con su amante, Bobby Larios. Así, queda claro que primero está Dios y después La Santa Muerte, y también que esta noche sobra pedir a los ángeles, a otros santos y a los hermanos que intercedan por uno ante Dios.

Enmudecen las bocas que parecían murmurar sólo la letra S, como si hubieran comido con mucho chile. Cuando los fieles abren los ojos, la esperanza de visualizar a La Flaquita se convierte en otro intento fallido por conseguir el milagro del que hablan muchos, en el recinto y también en revistas como *Devoción a la Santa Muerte*, *La Santísima* y *Altars*.

A las ocho de la noche con quince minutos, el Santuario Nacional de la Santa Muerte ve ocupadas todas sus sillas de plástico. Cerca de trescientas personas recordaron que cada día 1° y 15 del mes hay que agradecer las bondades recibidas. Otros, desempleados, indigentes, salados, con mal de ojo, pobres, alcohólicos y demás necesitados de misericordia divina también acudieron a esperar pronta respuesta.

Fiel y única compañera de Jesucristo después de la crucifixión, concédenos sentir tu fuerza, poder y omnipresencia esta noche, 15 de diciembre del 2005... A excepción de unos cuantos desesperados de reciente devoción, todos los presentes saben cómo responder a las palabras del hombre con sotana violácea y blanca: *Alabada seas Santa Muerte hasta el fin de los tiempos... alabada seas.*

Algunas personas que no alcanzaron asiento, no pierden tiempo y acomodan —lo más cerca que se pueda del altar mayor— sus botes, mochilas o lo que trajeron para escuchar a gusto la misa del último día 15 del año. Las ancianas que ocupan los mejores lugares, miran de reojo la escena y se jactan por haber llegado a saludar a La Niña Blanca —y a reservar sus sillas con bolsas de mandado— desde antes que terminara la misa de las seis de la tarde.

No se les olvide que el 2006 será el año del adviento. Córranle a comprar sus veladoras en la limosnería porque son necesarias para el proceso de la purificación. Después va a valer gorro, ¿eh?... no termina de advertir el padre David cuando ya una marea de fieles —con sus cuarenta pesos en mano— se ha desplazado a la tiendita de recuerdos que se encuentra junto a la iglesia.

Quienes se abstuvieron de comprar anillos, dijes con ojos de piedritas, escapularios, estatuillas de La Niña o veladoras permanecen en sus lugares, listos para canturrear y aplaudir los versos que el arzobispo primado de la Iglesia Católica Apostólica Tradicional México-USA entona al micrófono: *No hay Dios que haga maravillas, como las que haces tú. Y la montaña se moverá, se moverá, se moverá. Gloria, Gloria, aleluya, La Santa avanza ya.*

En casa de La Santa Muerte los sonidos no rebotan ni se atorán en los oídos. Cada plegaria, súplica o reprimenda del padre David huye hacia la otra mitad del terreno, la que no tiene techo y donde espera atención no sólo la Virgen de Guadalupe, sino también San Ramón Nonato —el que les encadena la boca a los chis-



mosos— y una enorme figura de bulto que, asomada desde una esquina sombría en lo alto, recuerda a San Judas Tadeo.

Muchos rostros desfigurados, gracias a que la vida se ha vuelto una pesadilla, piden fuerzas a La Santísima Muerte para que los dos colores de sus veladoras de adviento surtan efecto en el 2006. Todo el pasillo que da vida al santuario de La Peloncita se tiñe de rosa y morado, en espera de que ahora sí se enderece la gente gasta pesos y cuida centavos; además, de que por fin se aleje el infortunio y llegue la prosperidad a la familia, la salud y el amor.

Los que alcanzaron un pedazo de suelo donde descansar las rodillas, elevan su veladora para que el sacerdote haga y diga lo suyo: *Santísima Muerte, mi mano está llena de tu bendición. Mátales los piojos a todos estos con la gracia de Dios...* Un inconveniente corta la oración y hace que el padre David no termine de lanzar su plegaria al cielo:

¡Ay, cómo serás baboso! Sí, tú, el gordo de amarillo. Las tres monedas benditas se le quitan a la veladora antes de prenderla. Esas son para que las lleves a tu casa cada día 1º y 15 del mes. ¡Con razón te estás quemando, burro! La vergüenza dibuja una sonrisa engañosa en la cara del reprendido quien, para evitar que se le siga achicando el corazón, saca una estampita de La Santísima Muerte y se dispone a repetir la oración de La Guadaña Protectora.

Sigue la verbena para atraer la atención de La Niña Blanca. Los feligreses se incorporan —como Dios y La Santa Muerte les dan a entender— para ungirse con un baño espiritual, frotándose todo el cuerpo con

la veladora de adviento, empleando la fuerza necesaria para arrancar toda costra de mala suerte que trunque el año venidero. Mientras algunos hombres tallan con viva pasión sus brazos, cabeza, espalda y piernas, las mujeres ponen especial atención en el bajo vientre —más las embarazadas—, el pecho, la nuca y los ojos. Niñas y niños suplican a sus padres que los purifiquen también. Uno que otro confiesa, a una desconocida, su esperanza de que la Señora de las sombras interceda por ellos en la escuela y acabe con las malas calificaciones.

El hombre de cuarenta y tantos años, que está al micrófono, mira a su gente y dice con su tono característico: *Lo importante es dejar de ser tan mula para que se le salgan a uno los chamoys. Porque, ¿ahora sí, no? Ya viene Navidad y muchos sólo esperan tragar en la cena del 24 y en Año Nuevo. Luego se ponen todos turulatos y hasta atrás ¿verdad? Pero eso sí, en la arrullada de los niños así nomás las abuelitas andan rezando.*

Va de nuevo el sermón para quienes —a falta de una figura de Jesucristo crucificado en el altar mayor— insisten en violar el primer mandamiento de la ley de Dios: *¡Persígnate cuando pases al frente, chamaca!* Uno que otro devoto aprovecha que el padre besa la Biblia y limpia el cáliz, para caminar de puntitas hacia La Santísima Muerte y acariciarle el cráneo, tocar su manto y apretar los huesos secos de sus manos.

Se acerca la parte final de la misa y muchos ya saben que hay que estar junto a los agradecidos en fechas importantes, porque son los más dadivosos a lo largo del día. Mientras el padre David reza entre dientes y otros fieles atienden el reverso de sus veladoras, familias



completas regalan velitas rojas en forma de calavera, escapularios de La Niña, estampitas para la cartera y una buena dotación de dulces.

Con todo y bullicio, las gargantas vuelven a dar muestra de sus dones vocales: *Creo en vos, arquitecto o ingeniero, artesano o carpintero, albañil o labrador...* Durante el torrente de aplausos se distingue otro regaño, ahora para el hombre que se desvive por acercarse a los fieles más recónditos un costalito de terciopelo verde, amarrado a un palo de escoba: *¡Recoge hasta la última limosna, baboso! Y ustedes no sean tan ojos con La Santa y móchense con algo, es para hacerle más bonito su altar.*

Nadie se quiere ir sin saludar a La Niña y sin consolidar las múltiples bendiciones de la noche con una rociada de agua, así que, en un segundo, todos elevan cualquier cosa que traen de La Santa Muerte y se apretujan para que los alcance un raquíptico chorro que sale del agujero de una botella de plástico.

¡Suficiente! Ya saben que nuestro bálsamo es más fuerte que el agua bendita y de todos modos quieren que los bañe... se defiende el padre David de la gente que todavía no puede irse contenta. Sus últimas palabras dan luz verde a todos los que ya no resisten acercarse a La Santita:

¡Oigan! El 1° de enero vamos a tener mariachis para La Niña. Anótese con Ivonne los que vayan a cooperar. Ya están disponibles los costalitos con semillas de la abundancia en la limosnería. Acuérdense que cada mes se quema el vestido que usó La Santa y con las cenizas se hacen estos amuletos.

¡Ah, se me olvidaba!, el 29 de diciembre es mi cum-

pleaños y chin chin el que no me traiga regalo. ¡Pus sí! Todo el año lo traen a uno negreando y me lo merezco. Aunque ese día ni me van a ver porque me voy con mi familia, me dejan todos mis presentitos en la oficina, ¿eh?

En la planta baja de aquella casa que todavía suplica su terminación, yace improvisado un letrero tras la única puerta de entrada: Parroquia de la Misericordia y primer Santuario Nacional de La Santa Muerte. Quienes consideran que no sólo la vida tiene su encanto, caminan hasta el fondo de la construcción para desahogarse ante la osamenta engalanada con ofrendas dispersas, ataviada con un cetro y una corona dignos de toda quinceañera que quiso fiesta con chambelanes.

Exilian las preocupaciones al verla. Ella, desde su trono, agacha la cabeza, mira a todos y conserva la mano extendida para mostrar todo lo que le han obsequiado los que la saben gustosa del tequila, ron, jerez, mezcal, cerveza y aguardiente. Alguien parece adivinar que a La Niña Blanca se le antojaba un cigarro.

Se extienden las espirales de cada fumada que el acomedido lanza al rostro descarnado de La Santa Muerte, en su honor. Pronto las flores, dulces, frutas, chocolates, tabaco, incienso, loción contra todos los males y muchos alientos humanos espesan el aire en aquel rincón de rocas verdosas a media luz.

Es el momento que todos aprovechan para depositar una moneda —que no le dieron al hombre del costalito— en una máquina con muchos foquitos en forma de flama. Por cada peso se enciende una velita que —según un letrero— es igual de efectiva que las de parafina.

Ya pasan de las nueve en el reloj y quienes trajeron

sus figuras mortuorias a escuchar misa, protegen su tesoro con el mismo cuidado que se procura a un recién nacido: cobijas con laboriosos bordados, gorritos de estambre, trencitas postizas. No muchos se acuerdan de pedir, en la limosnería, su algodón impregnado de Aceite del Santísimo.

Es bien bueno para quitar cualquier dolor. Usté nomás se frota bien duro donde le duela, reza tres veces el Padre Nuestro, tres el Ave María, luego quema el algodón y lo tira lo más lejos que pueda... aconseja María Sánchez, la encargada de la tiendita, a una mujer que acude por primera vez. *Después, reza la Oración para casos y cosas desesperadas, porque ésa es la más efectiva. Uy, verá que se va de su vida cualquier dolor.* Aquella mujer, como de cincuenta años, ocupa los últimos minutos de la jornada para consentirse con un cigarro y para reafirmar el conteo de las ganancias del día.

Las vendedoras del puesto aledaño sorprenden a la misma mujer con una pregunta que, suponen, es la causa de su naciente devoción: *Oye, amiga, ¿quieres tener a tu amado comiendo de tu mano? Para esos casos tienes que tener una Santita con túnica roja. Que ya venga preparada, ¿eh? Primero la consagras en el chorro de agua y le dices: “Santísima Muerte, desde hoy dispón de mi casa como tú quieras.”*

Antes de dar la fórmula secreta para el amarre, las dos jóvenes ponen de cabeza una estatuilla de La Santa Muerte en color rojo, para mostrar a su clienta que La Niña le hará el milagro de hallar el verdadero amor —por trescientos cincuenta pesos nada más— gracias a todo lo que trae incrustado en la parte de abajo: se-



millas de pirú, fino polvo dorado...

Primero mezclas tu loción y la que usa tu hombre, luego pones a hervir un manojo de hierbas de aire. A la agüita donde herviste el ramo le echas la mezcla de los perfumes, medio litro de agua de azahar y veintiún gotas de esencia de La Santa Muerte. Con eso te bañas tres días seguidos sin que te seques con toalla, le pides a La



Santa y verás que cae porque cae.

Las calles de Bravo y San Antonio Tomatlán se vuelven cómplices de lo sucedido en la colonia Morelos. Saben que, según las dos jóvenes que atienden el puesto, es importante elegir bien el color de la túnica que tendrá La Santa Muerte antes de llevarla a casa.

El blanco limpia las malas vibras y la envidia; el dorado atrae el dinero y el negro es protección contra la brujería. Te conviene llevarte una de cada color. O la de las siete potencias, que trae todos los colores. Vale mil pesos, pero La Niña viene con su guadaña de la justicia, con el mundo en la mano, un buho que la cuida, su reloj de arena para llegar por ti a la hora y una balanza que nivela la vida y la muerte.

Enfrente del santuario hay un hombre seguro de que La Santa Muerte también ocupa un lugar a la derecha del Padre, o del Hijo. Franelero por gusto y amor a La Huesuda, Juan se acerca al último coche estacionado para que los dueños no se vayan sin pagar el estacionamiento. En un segundo, mete la cabeza por la ventana del conductor y congela la sangre de los que van a bordo.

Ustedes me cayeron bien y les voy a platicar algo. Yo como que le tengo coraje al padre David porque cuando yo estaba de chalán para construirle su altar a mi Niña, nada más me pagaba cuatrocientos pesos, y al mero mero le daba ochocientos. Yo era el que se llevaba todas las friegas, pero dije: ¡Pos por mi Niña yo hago todo! Y andaba bien entusiasmado con eso del altar, hasta una fuentecita con lucecitas le iba a poner.

Sólo la molestia que le causa quitarse la gorra lo interrumpe. Para entonces, un ligero vaho alcohólico

se ha internado en el automóvil. *La vez que me cansó el padrecito, de plano yo dije: ¡Hasta aquí! y dejé de ir a seguir con el altar. Es que aquella vez estábamos en misa, y el David que le grita a una chava: ¡Bríncale, bríncale, muévete con fuerza aunque te reboten las chichis!*

Sus ojos intentan mirar a la mujer que ya conoce la fórmula del amor; su lengua, entorpecida, dice: *Yo le tengo mucho cariño a mi Santita porque me hizo un milagro bien grande. Ya tenía rato que yo andaba perdido por una chava, pero perdido en serio. Total que anduve tras ella y se hizo mi novia, pero yo creo que fue para que la dejara de molestar. Según éramos novios y siempre me decía que no tenía tiempo para mí. Fue cuando yo le supliqué a mi Niña que me ayudara. Le dije: Si ella es para mí, déjala conmigo, tú sabes cuánto la quiero. Y no tardó mucho, como un mes. ¿Y qué creen que pasó?... Se fue con otro. Por eso yo digo que mi Santita es bien milagrosa. Ella sabía que esa chava no se iba a quedar conmigo y me ha dado fuerza, pus pa' seguir aquí...*

Aunque sabe interminable su lista de peticiones, La Niña Blanca tiene muy pocos ruegos para descansar en paz en su trono: *Hijo, por favor no me dejes cigarrillos encendidos porque me quemo, ayuda para mi vestido dejando tu donativo en la oficina y no me dejes billetes en la mano porque me los roban.*

El viento amenaza con volverse más frío en el barrio de Mixcalco. Una racha helada se atora en los huesos. Mientras otros santos fueron venerados en minúsculo altar, en aquella casucha de lúgubre semblante pide tregua La Santa Muerte, llevando en su hábito las úni-

Mi sombra

José Pool

ACADEMIA DE SAN CARLOS, ENAP, UNAM



Mi sombra, a veces, es un perro,
2006, xilografía, 13 x 20 cm





Mi sombra baja estrellas lejanas, 2006, xilografía, 14 x 22,5 cm

Mi sombra camina por la ciudad, 2006, xilografía, 22,5 x 14 cm





Mi sombra juega entre las pirámides, 2006, xilografía, 14 x 22.5 cm



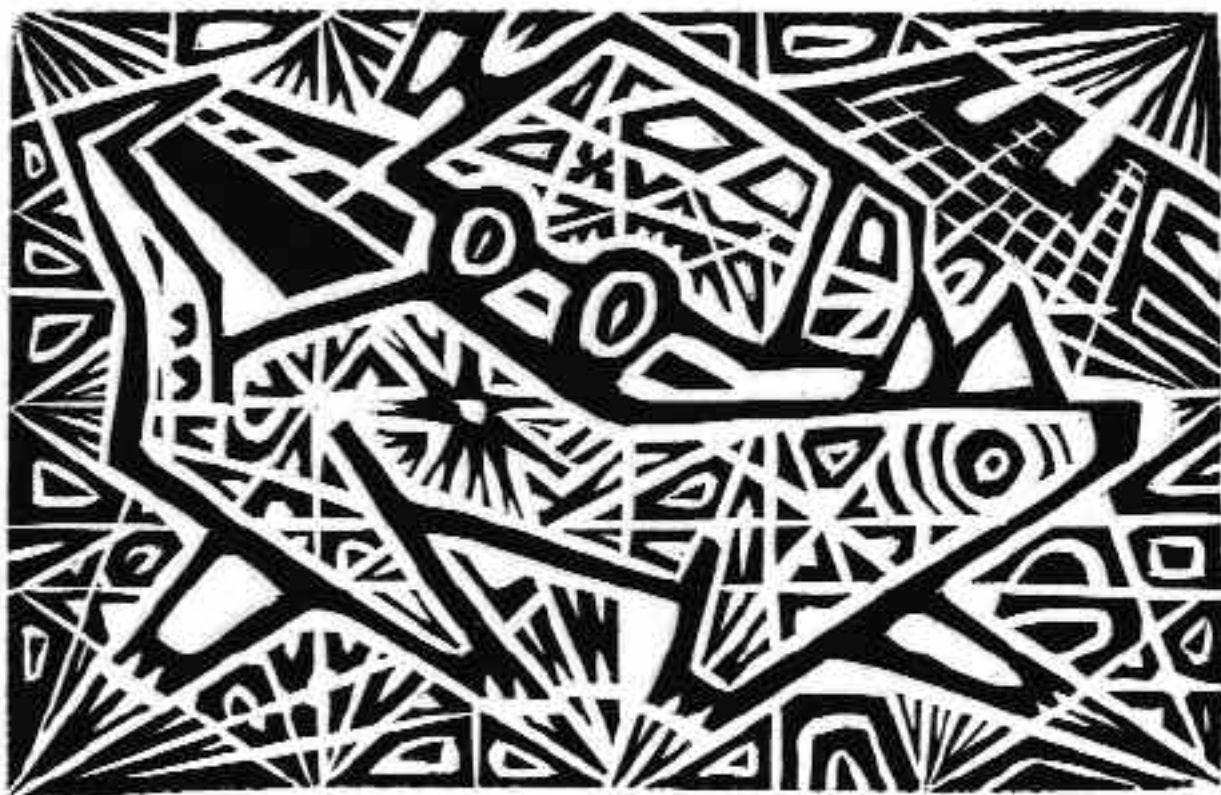
Mi sombra brinca sobre los edificios, 2006, xilografía, 14 x 22.5 cm



Mi sombra vuela junto a un pájaro, 2006, xilografía, 13 x 20 cm



Mi sombra duerme patas arriba, 2006, xilografía, 13 x 20 cm



Mi sombra sostiene en su lomo un microbús, 2006, xilografía, 13 x 20 cm



Mi sombra platica con una garza, 2006, xilografía, 10.8 x 20 cm



Mi sombra viaja sobre el techo de un autobús, 2006, xilografía, 10.7 x 20 cm

Ayoloco

Marco Antonio Silva Martínez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

*And the eyes in his head
See the world spinning 'round
Lennon & McCartney*

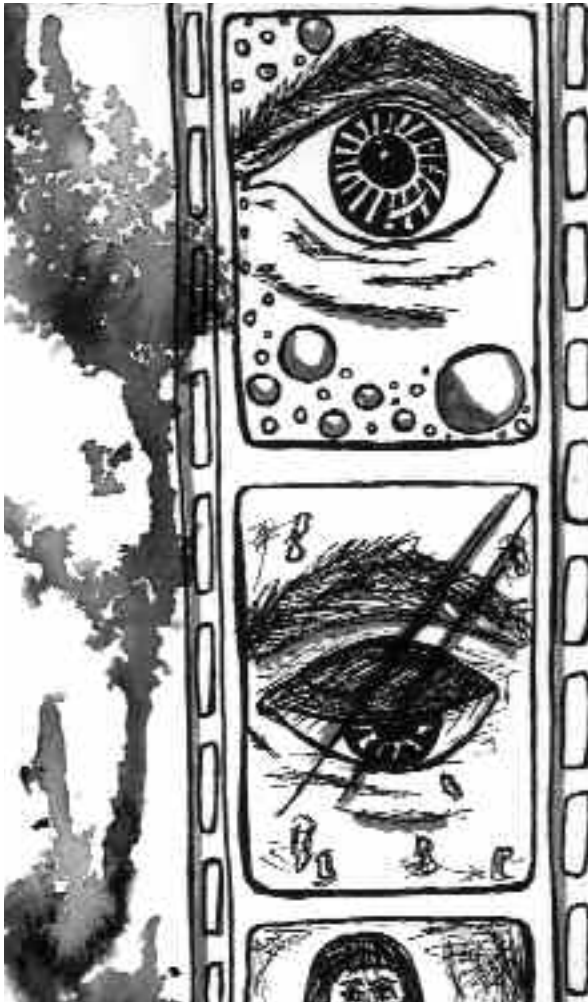
Entre muecas que surcan la nieve jabonosa de sus mejillas, Héctor ve a quien lo mira del otro lado del espejo. En una diezmillonésima de segundo, mientras el rastrillo se congela en el descenso, el glaciar de su memoria lo hace rodar hacia otro tiempo.

De hinojos, frente a la carpeta de agua que refleja al Iztaccíhuatl, miras un rostro ajeno. A cambio del extrovertido veinteañero hay un hombre de facciones duras y mirada inquisitiva. Tras la primera ojeada, vuelves la vista atrás para comprobar si alguien te acompaña, pero tu soledad es evidente. De seguro tus compañeros instalan el campamento, arman las tiendas, juntan leña para la fogata, se cambian la ropa húmeda. Sin embargo, este tipo se parece a... ¿a quién? Lo miras, te mira directamente a los ojos. Hay algo familiar en el fondo de esas pupilas acuosas. En una arista de luz se te revela una vívida estampa: un hombre se rasura frente a ti. Debe ser una alucinación. Sí, el sol, esa herida oculta detrás de finísimas gasas, quiere jugarte una broma con sus reflejos. Pestañeas. Te acercas hasta que la fina película empata con tu rostro. Al despejarte del estanque un escalofrío resbala por tu cara húmeda. Miras otra vez al hombre maduro en el agua temblorosa. Notas que ambos comparten una inquietud en los labios, mas ninguno se anima a balbucir la primera palabra. Adviertes en la mímica de aquél un es-



Ilustraciones de Jarumi Dávila, ENAP-UNAM

calonamiento mandibular que deja ver unos anchos dientes amarillos, dentro de una boca surcada por pliegues hondos a los costados, que se estiran cuando parecen pronunciar sílabas terminadas en a. Escuchas: ¡Eeeooo! ¡Eeeooo! Giras la cabeza y observas la figura de Fabián empequeñecida por la distancia. A lo lejos, el vaho de tu amigo es un pequeño globo —como en las historietas— donde se entumen las palabras al momento de ser pronunciadas. Fabián agita los brazos, reclama: ¿Qué pasó con el aguuaaa? En tu globo de respuesta balbuceas: ¡Ya voooyy! Cuando te vuelves, el espejo de agua te refleja sin cambio alguno, pero se



rompe con las ondas concéntricas formadas al sumergir el primer garrafón en la montaña blanda. El aire, cada vez más frío, taja tus mejillas.

Tras el rastrillo el dorso de su mano recorre el tramo de piel recién rasurada. ¿Así era?, se pregunta al arrastrar la navaja debajo de la boca. Observa en el cristal pulido unos labios de tono guinda más carnosos y humectados, las mejillas rosáceas ligeramente abombadas, como si cada una se enfrascara en disolver en saliva un duro caramelo. ¿Qué dice el joven del espejo? Parece la fotografía en movimiento de sus épocas de montañista. Héctor hace un rápido *rappel* hacia sus años estudiantiles, cuando la vida era un con-

tinuo entrenamiento para el ascenso. Tropezaba con Fabián y Aleida. A él lo conoció primero, le debía una de sus vidas de gato explorador, por lo ocurrido aquella tarde en un campamento nacional de *boy scouts*.

Te acalambras porque el agua está muy fría y no hiciste los ejercicios de calentamiento que recomendó el Cejas. ¡Y qué importa!, puedes alcanzar la otra orilla sin esas mariconadas y sin ayuda de nadie. Rebaños de nubes y las sombras espesas de los árboles impiden que el río se entibie siquiera. El engarrotamiento ya invade las dos piernas y si no manoteas más rápido te hundirás por desobediente. Tragas un gran buche y observas el chacualeo de tus manos desesperadas que no consiguen levantar el vuelo. Las agitas cada vez más rápido pero parecen estar en un punto cada vez más alto que tu cabeza. Quieres impulsarte y jalar más aire o gritar, pero en lugar de eso sólo das otro gran sorbo. ¿Por qué nadie se acerca? Esos de allá creerán que repites la broma para los de primer ingreso. Tus manoteos son cada vez más lentos y por eso desciendes rápido a un mundo turbio con más plantas, piedras y basura que peces. Sólo un ajolote cercano mira con atención tus ojos que deben estar ya desorbitados. Justo cuando renuncias al manoteo y estás a punto de abrir por completo la boca sientes el tirón hacia arriba. El sol se burla de ti arrojándote por entre las ramas zigzageantes chisguetes de luz mientras alguien, que te puso bocarriba, te remolca, sube tu cuerpo a tierra firme, lo recuesta debajo de un árbol.

Rocía espuma sobre el labio superior. Como la jabonadura sale a borbotones, el excedente se desborda hacia la boca y obstruye también sus fosas nasales.

Busca la toalla para limpiarse pero no está a la mano. Camina hacia el otro perchero y la toma cuando sus vías respiratorias están ya saturadas. Percibe en su rostro la congestión sanguínea que lo obliga a jalar aire por la boca, lo hace estornudar y toser con un timbre que sería escandaloso de no ser reprimido por la toalla. Seca una lágrima. Toma un vaso de agua y aclara la garganta. Regresa su vista al espejo. Unta con un dedo la consistencia blanca. Podría convertirse en Marcel Marceau si se cubriera toda la cara. La amistad se consolidó en la etapa universitaria, cuando admiraba la forma en que Fabián se sacudía a quienes lo aburrían o fastidiaban.

Es un truco que siempre le da resultado: hablar de Alemania aprovechando la ignorancia de sus escuchas, te advierto —agrega Nacho—, disertar sobre la fórmula para la elaboración de la cerveza bávara, según él la mejor del mundo; refiere las características técnicas menos conocidas de los autos más prácticos: Volkswagen, y de los más elegantes: Mercedes Benz; o cuenta los desplantes y genialidades de Bach, Häendel, Goethe, o el mismísimo Einstein. Te apuesto lo que quieras que en menos de un minuto ese grupo que ahorita está con él va a huir harto de tanta erudición. ¡Y así ocurre! Nacho y tú son sus únicos amigos. Pero ambos prefieren oírlo hablar de sus conquistas. ¿Teresa?, es una histerica que hasta da miedo, pero a la hora buena mama como si fuera una recién nacida. No, Moni me costó mucha paciencia, flores, regalos, cenas y nunca se acostó conmigo. Pero como la pasamos tan bien, todavía somos amigos. En cambio a Ruth nunca le llegué; fue ella la que me encerró una tarde en su depa. Fabián te



confía su debilidad por una sola. Aleida tiene la sangre que me gusta. Ya me tomó la medida. Por más que quiero, no puedo dejar de pensar en ella y mírame, Héctor, debo estar grave porque me ha vuelto monógamo.

Con la boca torcida al lado contrario, el filo recorre la otra mejilla. De joven él también conoció las relaciones fugaces gracias al dibujo técnico y el de imitación con el que se ganaba la vida en despachos y plazas públicas. Planos y retratos le ayudaron a conocer a oficinistas y contemporáneas en una butaca del cine o dentro de un carro. Pero sobre todo le permitieron pagar la renta y los estudios. Nacho y Fabián le preguntaban sobre su futuro.

Nada más entrego el papelito de arquitecto que les prometí a mis papás y me largo a correr mundo —alardeabas con una gran seguridad— algún día ellos y ustedes sabrán de mí porque voy a inaugurar una exposición en Nueva York, o porque acabo de subir al Kangchenhunga y me preparo para el Lhotse, el Makalu y el Everest. También a ti te gustaba Aleida, la sonrisa que abanicaban sus ojos, la elegancia con que asentaba su caminar por los pasillos de la universidad, la gracia innata de sus gestos al simular asombro, fastidio, ira y aun demencia; pero sobre todo sus tonos de voz: el canoro y entusiasta cuando lideraba el grupo de amigos reunidos en el café. ¿Por qué no matamos clase y nos vamos a Tequis?, o qué, ¿prefieren morir de rabia en este sauna infernal? El tono de calidez rasposa que usaba en las pocas ocasiones que estaba contigo a solas: no me imaginaba que también te gustara la literatura. Fabián me dijo que hacías retratos, pero quién se iba a imaginar que conocieras a mis dos Carlos. Oye, entonces ¿tú cuál prefieres: Castañeda o Fuentes?

Las impresiones y sentimientos que le dejaban la convivencia con Aleida los guardaba para sí. No quería incomodar a su amigo. Ayudado por la mano izquierda que estira la piel, el rastrillo sube de la garganta hacia el mentón. Una voz femenina reclama: Héctor, estoy casi lista, ¿y tú? ¡Ya merool!, contesta. La distracción lo hace rebanarse un pequeño grano. Saca una gasa del botiquín, le aplica alcohol y se la coloca en la herida. Más le dolió, sin embargo, aquella noche la visión del estanque y lo que ocurrió después de la cena, tras los comentarios y anécdotas para recordar ex-

periencias de proezas ajenas o ascensos anteriores. Esa noche en que, con el pretexto de ir al baño, salió de su bolsa de dormir, abrió la tienda, se encaminó hacia la delgada superficie.

La pileta tiene reflejos plateados. Sabes tuyo el rostro reflejado en el agua, pero la sombra de la montaña y las serpentinas lanzadas por el plenilunio no te permiten confirmarlo. Acercas la cara, como si fueras a fundirte con tu imagen. Quieres recuperar la magia del atardecer. En lugar de eso, el fondo de otra noche se proyecta. Recortada en cielo azul marino, la luna espejea de arriba a abajo los grandes ventanales de altos edificios. Te parece un sitio conocido, pero no logras saber dónde lo has visto. Damas de vestidos y escotes largos, acompañadas por caballeros de esmoquin forman corrillos a los costados de una ancha alfombra iluminada por altos reflectores de cine. Un ronquido de acero y de concreto, de cristales que se rompen con ecos de agua sólida desciende a tus oídos. La escena es tan real que, instintivamente, agachas la cabeza que traspasa el espejo líquido. Al sacarla, brillante de sudor y agua, oyes una voz cuyo significado no entiendes, porque es una lengua para ti desconocida. Un frío gelatinoso sacude tu esqueleto. Cuando lo yergues para desandar los pasos, alcanzas a escuchar aún el peculiar silabeo. Con prisa, regresas a Nexcoalango. Te secas con las mangas de la chamarra. A punto de llegar, de entre los árboles sale una sombra cuya voz te hace respingar hacia atrás. ¿Quién vive? Entre risitas apagadas con las manos para no despertar a los que ya duermen en las tiendas, la sombra se acerca y te abraza. ¡Ay!, te espanté, pobrecito. Al identificar la

voz, te dejas consolar olisqueando de paso entre la bufanda y la gorra el aroma tibio que se desprende de Aleida. ¿A ti también te andaba de la pis?, pregunta. Al separarte para mirarla percibes un choque eléctrico provocado por un roce de mejillas. Continúas el movimiento hasta emparejar tus labios con los de ella. La estrechas de nuevo. El beso rezuma dulzores, fragancias nuevas. Con labios húmedos asciendes por una ruta de pequeños lunares hasta una de las orejas femeninas cuyo revés lames. Tras estremecerse ella atrapa con la suya tu boca. Agitadas, las respiraciones retiemblan con escándalo en el respectivo pecho. Angustiosa pero afortunadamente logras desprender tu guante derecho. Abrazas y presionas sus nalgas para rascarte la comezón que te crece en el centro del cuerpo. Y qué hacer con las montañas de ropa. Tu desnuda mano explora y encuentra un hueco debajo del anorak, gira, desfaja una, dos blusas, roza con las yemas la piel del vientre, se dispone al descenso. Ella arquea las caderas hacia atrás. La mano aguarda unos instantes y luego sube cautelosa por la tibia epidermis, encuentra un obstáculo, se desliza por encima de un borde y atrapa un pecho. Aleida sacude el tronco y retrocede. Sin abandonar a tu rehén delineas el pezón con el índice hasta que Aleida interrumpe el beso, te separa con un empujón y se aleja corriendo para meterse en su tienda. Antes de caminar hacia la tuya, recoges el guante y lo sacudes. Acomodas tu miembro verticalmente. ¡Ora, tú!, no espantes, parece que te persigue el hombre de las nieves, dice Nacho, cuando te arrojas al interior resbalando sobre las dos bolsas de dormir de tus



compañeros. Se enciende una lámpara y detrás de la luz, adormilado, Fabián te mira como a un extaño. Nacho dice, al sentir un rodillazo en sus posaderas, órale, no tan brusco joven, para eso son pero se piden. Tomas la lámpara, cuando estás a punto de apagarla, rumias el sabor de la culpa mirando el vaho ensortijado que sale de tu boca.

El vapor empaña el espejo del baño. Lo borra con la palma de la mano en tanto el cristal emite lánguidos pujidos. Se quita la gasa y comprueba que la protuberancia extirpada ha creado un mecanismo regenerador que ya no requiere más taponamientos. Advierte además que su imagen es la que ha visto en los últimos años. El pelo castaño, lacio y sedoso, plateado en las sienas y encima de la frente; anchas cejas y largas pestañas azabache; los ojos hundidos, recta la columna de la nariz, la boca con pliegues a los lados, la barba prominente. Es otra vez el hombre maduro que ahora se viste para acudir a la cena en la que la embajada germana y la comunidad de arquitectos quieren entregarle otro reconocimiento por su trabajo. Sobrios y funcionales, elegantes y discretos; en resumen, así son calificados por la crítica especializada los diseños para la edificación de oficinas y plazas comerciales en una ciudad tan contrastante como la capital mexicana. Sus modelos han trascendido fronteras, influido incluso a los colegas alemanes. Él cree que la influencia ha sido mutua, pues su posgrado en el país teutón le dio una perspectiva inmejorable sobre la disciplina que ocupa la mayor parte de su tiempo. Desde hace veinte años abandonó el montañismo a pesar de que en Europa estuvo tan cerca de sus juveniles propósi-



tos. En cambio, redujo su actividad deportiva a la caminadora eléctrica y la bicicleta fija. Su vida se consagra al estudio metódico, el rigor y la disciplina en el trabajo. Hace años que no toma vacaciones, que no lee una novela o un libro de cuentos. No conserva más retratos que el de Aleida, el cual ocupa un sitio privilegiado en la sala. ¿Cómo pude cambiar tanto?, se reconviene al anudarse los zapatos. Está listo. ¿O le falta algo? Ya se puso desodorante y... extiende la toalla sobre el lavabo. Los innumerables hilos blancos ahora húmedos le provocan cierto escalofrío.

En la panza del Iztaccíhuatl avanzan las dos cordadas que se formaron para atacar el Glaciar de Ayo-loco. La que está a tu cargo la integran además Ignacio, Raquel, Aleida y Fabián. Ascenden por el lado derecho con sólo dos mochilas muy ligeras. En una tu mejor amigo carga una cámara fotográfica; la otra, que es de Raquel, la llevas tú con un termo lleno de café y vasos desechables. La tarde azul y blanca tiene un olor dulce en el paisaje soberbio. Da pena pisar las blanquísimas sábanas de nieve puestas a orear so-



bre las rocas y las tierras áridas. A través de los goggles y el maquillaje para mitigar la quemadura de los rayos ultravioleta, respiras las continuas oleadas de aire como un acto de anticipación a la nostralgia. Los *spikes* y los *piolets* se encajan sin dificultad en la nieve, pero a medida que avanzan, paso a paso por la pendiente cada vez más inclinada, el terreno se vuelve difícil. Fabián y tú, en los extremos de la cordada, se turnan la punta. En menos de una hora alcanzan la primera parte del objetivo. Se detienen a reponer energías al pie de una saliente. Es una especie de cornisa que les queda a una altura entre el estómago y el pecho. Arriba, a menos de cincuenta metros, el glaciar impresiona con su movimiento imperceptible y sus anchas rocas no totalmente escarchadas. Semeja los arrecifes por los que podría accederse a las azules aguas del cielo. Desunen sus cuerdas. A sugerencia de Raquel, sacas el termo y los vasos. Sirves el café. Excitados por la belleza del lugar brindan y se congratulan unos a otros por coincidir en ese momento de sus vidas. Fabián comienza a tomar fotos. En el extremo izquierdo, a unos trescientos metros de distancia, sobre las bar-

bas blancas de unas nubes, los compañeros de la otra cordada también se muestran entusiastas. El guía que va con ellos les indicará el momento de reunirse todos para practicar las técnicas de caída. Aquéllos agitan las manos y luego de extenderlas hacia arriba inclinan el cuerpo al frente, como en una reverencia islámica. Raquel y Aleida creen entender el juego, les devuelven la señal. Por encima de sus cabezas ruge un pesado rumor, algo semejante a un tanque de agua con hervores alarmantes. Supones que los cinco admiraron en fracciones de segundo la elíptica, gigantesca roca que pega sobre la ladera y corre velozmente hacia ustedes. La sorpresa los paraliza. En ese instante en que el tiempo también se congela, recuerdas la voz de tu falsa imagen y crees comprender. Gritas: ¡Agachen las cabezas!, ¡agachen las cabezas!, abrazas a dos de tus prójimos y te precipitas con ellos apenas con el tiempo justo para acurrucarse en cuclillas bajo la cornisa. Los segundos se alargan estirados por las estentóreas respiraciones y algún rezo a media voz. Alguien dice, o pregunta: ¡¿Ya?! y otra voz contesta: ¡No!, todavía sigue. Con la cabeza a salvo, pero la cadera expuesta a una cascada de piedras diminutas que te acribillan sin piedad, intuyes que no están todos tus compañeros. ¿Quién falta? Debajo de la cornisa, un incipiente deshielo, apenas un chisguete, gotea hacia el piso terroso donde permanecen hincados.

La gota de agua salada surca la rosácea pared de su mejilla, continúa por uno de los pliegues a un lado de la boca hasta rodar en la saliente mandibular. ¿Por qué no fui yo?, se pregunta, luego de secarse con la toalla. Él me salvó una vez y yo no pude, ¿o no quise

hacerlo? En su cabeza se desplaza otra vez ese sueño podrido que lo acosó durante tanto tiempo, aunque con los años se espació hasta casi desaparecer. Todo comenzaba un día soleado en el Cañón de Aculco, en Querétaro, donde Fabián y él emprendían nuevas rutas para la escalada en roca. En algún momento, los altos peñascos se transformaban en una torre de Babel. Ambos discutían al calor de sus argumentos, mientras arriba de ellos, cuadrillas de trabajadores transportaban en troncos rodantes grandes bloques de piedra.

—No me estás entendiendo. Lo que digo y lo sabes, es que la tensión de las cuerdas tiene un límite directamente proporcional a...

—Y yo te hablo de un retraso insostenible si...

—Sí, sí, pero la seguridad es primero.

—¿Entonces quieres quemarte, incumplir con los tiempos en tu primer trabajo importante?

En el nivel superior también los peones discuten. Por momentos se forman espesas nubes de polvo arcilloso hasta que, una vez disipadas, el arrastre continúa. El alegato nunca se interrumpe. Tras un descuido, dos grupos de trabajadores equidistantes no pueden impedir que una piedra resbale de su cama rodante y tire a quienes la tenían sujeta con cuerdas. La roca queda suspendida sobre las cabezas de ustedes. Al verla, el miedo intenta cuartear verticalmente tu estructura y si no te desmorona es porque te sorprende que Fabián haga caso omiso de ella. ¿Qué, no se da cuenta? El peso que soportan los jornaleros es tanto que se desequilibra la carga provocando un movimiento pendular. Cuando ves venir la piedra hacia ti, agachas la cabeza, hasta que la sombra de la roca se orienta ha-

cia donde está tu amigo, que de manera inexplicable está cada vez más alejado de ti. Aunque tratas de hacerlo, no puedes advertirlo del peligro. La voz no sale de tu boca, aunque intentas desgarrarte la garganta.

Estruja la toalla y toma el gotero para los ojos. No quiere que se le vean enrojecidos. Mientras inclina hacia atrás la cabeza para aplicarse la solución, recuerda que no se ha puesto agua de colonia. El filtro de su memoria lo coloca otra vez en la panza de La Mujer Dormida, donde con los pies sumergidos en la blanca superficie, el cuerpo de su amigo tiene el cráneo destrozado. La piedra homicida se detuvo junto a una roca mayor, quince metros abajo.

Quién sabe en qué momento la cordada de la izquierda llegó hasta ustedes. El guía se talla la cara y se mesa los cabellos a dos manos, con indignación e impotencia. Aleida, flanqueada por Raquel y Nacho, llora convulsivamente. Hay una mezcla de reproche y desamparo en el vidriado resplandor de sus pupilas. Comienza como un diente de león que alguien soplara al viento y enseguida es ya una silenciosa nevada la que flota como alboroto de plumas blancas mientras, cabizbajos, amortajan el cadáver e improvisan una camilla para descenderlo. Se respira en el ambiente un aroma de mar que satura los sentidos, como si la montaña fuera de pronto una mujer de sal y no de nieve.

El olor del agua de colonia frotada en las palmas de las manos y luego en el rostro lo regresan al cuarto de baño. ¿En qué lado del espejo estoy? ¿Por qué renuncié a mis sueños? ¿Cuánto le debo de lo que soy a ella, a su comprensión, a su paciencia! ¿También a su amor? ¿Qué es lo que ve en mí?, se inquiera mirándo-

se a los ojos. O mejor dicho, mira los ojos de enfrente, como si aquel que lo observa desde el lado opuesto fuera otra persona. Mueve los labios en un intento por pronunciar lo primero que asalte su memoria, articule su lengua, haga vibrar sus cuerdas vocales, rompa en esquirlas de palabras el disciplinado silencio en el que desde aquella expedición transcurre normalmente su vida, consagrada primero al estudio y luego al trabajo.

¿Por qué no gritas como cuando eras joven? Reconócete, regáñate frente a frente. ¡Héctoor Héctoor! Pero no es tu voz la que resuena sino la de ella, quien te llama con premura. ¡Héctor!, qué pasó. ¿No me oyes? Y luego dicen que las mujeres somos las vanidosas. ¡Vooy!, contestas quedándote sin aire. Jalas todo el que pueden retener tus pulmones y lo expulsas suavemente con todo y recuerdos. Abres la puerta y apenas sales evitas mirarla a los ojos echando un vistazo elogioso a su figura y emitiendo un silbido de admiración. Sonriente, Aleida acomoda el nudo de tu corbata. Te entrega las llaves del auto con gesto gruñón y luego te besa con ternura.

Un tránsito numeroso pero fluido les permite avanzar con rapidez. En menos de lo que tarda un par de arias del *Aleluya* de Häendel descienden en su destino. Entregas las llaves del Mercedes a un *valet parking* y tomas a tu mujer del brazo. Se encaminan hacia los corrillos apostados a ambos lados de una ancha alfombra roja iluminada desde las alturas por reflectores de cine. Intercambian saludos con los conocidos. Alguien les comenta que no tarda en llegar el embajador. Observas que la luna llena se refleja en los amplios ven-



tales de los edificios. Algo allá arriba se mueve. Sientes vértigo. El suelo camina debajo de tus pies. Una voz colectiva grita ¡Está temblando! En medio del ruido atroz de los edificios que se topetean en las alturas, de la borracha oscilación de las luminarias; de la gente histérica que se desparrama hacia la periferia, ubicas un claro y perfilas el cuerpo de Aleida. ¡Corre hacia allá!, le dices. Luego, con la vista fija en las alturas silabeas algo que nadie puede escuchar y te quedas parado, como una imagen detenida en el tiempo, contemplando con fascinado asombro la roca enorme del Glacia de Ayoloco vista por primera vez

Adiós

Aralia Valdés Vargas

ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

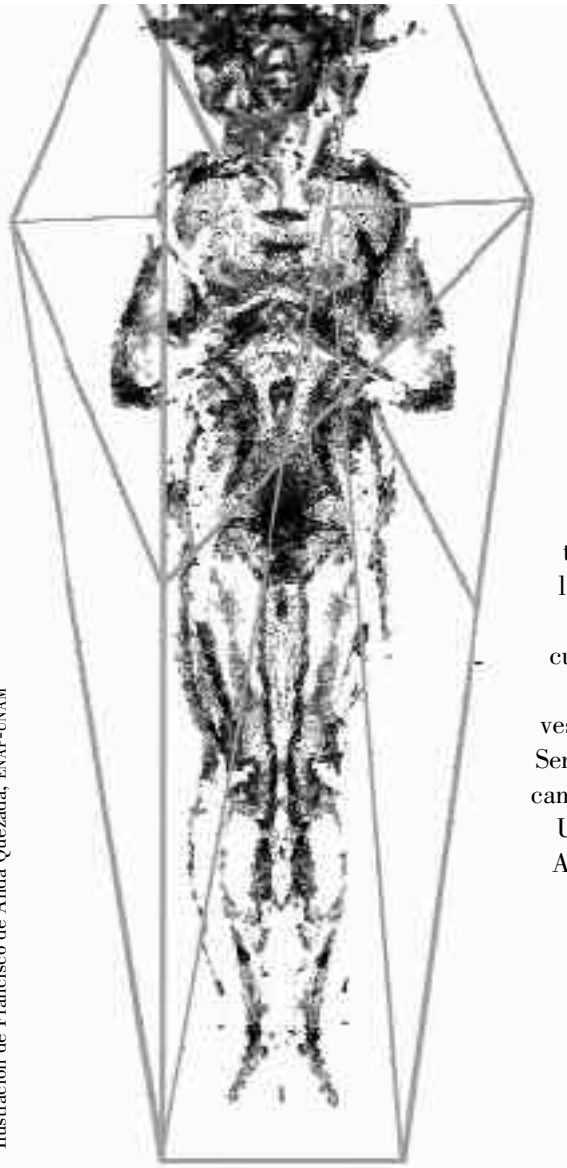


Ilustración de Francisco de Anda Quezada, ENAP-UNAM

Susurros que desvanecen el nombre de Dios, lágrimas simples que inundan el suelo, llantos ahogados en promesas, arrepentimientos pintados de ilusión, reproches que exigen consuelo, enojo con sed de vida, sueños enterrados en miserias, rencores que alimentan el silencio, una mano en el hombro alentando el valor; un féretro en el centro, varios cirios abriéndole camino. Termina el Padre Nuestro. Un grito ahogado en mis entrañas nubló mi vista.

Sin entender lo que había ocurrido, me retiré, di un largo paseo con el sol calando mis ideas. Al caer la tarde recorrí el camino de regreso, titubeando llegué a aquella sala. La misma escena, pero faltaba algo; faltaba yo, estaba ausente, observando, juzgando a cada uno con sus sentimientos entramados en los míos, provocándome hartazgo la nostalgia.

Otro Padre Nuestro rompió el silencio, el último que escucharía.

Un desfile grotesco me acompaña hasta la salida, personas vestidas de negro arrastran la muerte guiadas por un féretro. Sentimientos volátiles nublan el cielo, la lluvia va trazando su camino hacia el olvido... Llegan a su destino.

Un ramo de flores sobre el féretro da el último adiós.

Así, sembrando un acto de amor, penetré la tierra. ●

El ataúd de cristal

Liliana Andrade Llanas

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Título original: "The Glass Coffin", relato de A. S. Byatt, publicado en *The Djinn in the Nightingale's Eye. Five Fairy Stories*, Estados Unidos, Vintage, 1998, pp. 1-23.

Había una vez un sastrecillo, un hombre común y bueno, que andaba de viaje por un bosque, quizá en busca de trabajo, ya que en aquellos días los hombres recorrían grandes distancias para llevar una vida precaria, y los servicios de un magnífico artesano, como nuestro héroe, no tenían tanta demanda como el trabajo barato y rápido, mal hecho y poco duradero. El sastrecillo creía que necesitaba encontrar a alguien que requiriera de sus habilidades —era un optimista incurable e imaginaba un encuentro afortunado en cada esquina, aunque era difícil saber cómo sucedería esto, mientras avanzaba más y más hacia los árboles densos y oscuros, donde incluso la luz de la luna se dispersaba en pequeñas agujas pálidas de luz azulosa, insuficientes para ver. Pero llegó a una casita que lo estaba esperando, en un claro de las profundidades, y las líneas de luz amarilla que pudo ver entre las persianas lo alentaron. Tocó la puerta de esta casa con resolución y escuchó un crujido y un chirrido; la puerta se abrió un poco y ahí estaba de pie un hombrecillo, con un rostro tan gris como las cenizas de la mañana y una larga barba del mismo color que parecía algodón.

“Soy un viajero perdido en el bosque”, dijo el sastrecillo, “y un artesano experto que busca trabajo, si es que algo se puede encontrar.”

“Yo no necesito un artesano experto”, dijo el hombrecillo gris. “Y le temo a los ladrones. No puedes entrar.”

“Si fuera un ladrón podría haber entrado a la fuerza, o de manera sigilosa”, respondió el sastrecillo. “Soy un sastre honesto que necesita ayuda.”



Ilustraciones de Laura Monterrubio, ENAP-UNAM

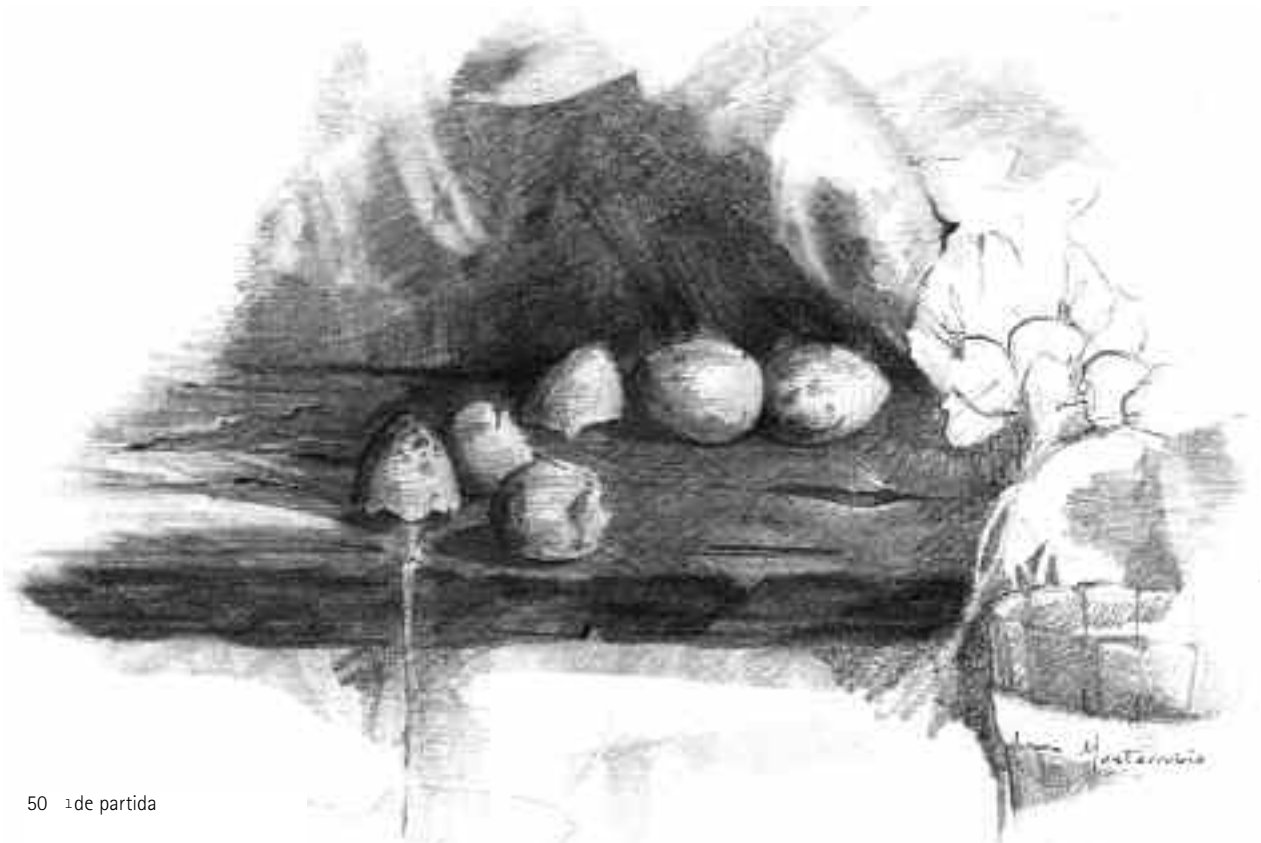
Ahora, detrás del hombrecillo, estaba un gran perro gris, de su misma altura, con los ojos enrojecidos y la respiración caliente. Al principio la bestia emitió un débil gruñido, pero ahora calmaba su intimidación y movía la cola lentamente, y el hombrecillo gris dijo, “Otto opina que eres honesto. Tendrás una cama en la noche a cambio de una tarde de trabajo honesto: ayuda en la cocina, la limpieza y lo que se deba preparar en mi humilde hogar.”

Entonces el sastrecillo entró y vio que la casa era extraña. En una mecedora estaba parado un gallito de colores brillantes con su esposa totalmente blanca. En la esquina de la chimenea estaba una cabra blanca con negro, con pequeños cuernos huesudos y ojos como de vidrio amarillo, y en la chimenea yacía un gran gato, un gato multicolor, cuyo estampado pardo semejaba un laberinto, que miraba al sastrecillo con ojos que parecían frías joyas verdes, con hendiduras negras por pupilas. Y detrás de la mesa había una delicada vaca pinta, con aliento lechoso, la nariz húmeda y tibia y

unos enormes y suaves ojos cafés. “Buenos días”, dijo el sastre a los presentes, porque creía en los buenos modales, y porque las criaturas lo contemplaban de manera juiciosa e inteligente.

“En la cocina encontrarás qué comer y beber”, dijo el hombrecillo gris. “Prepáranos una buena cena y comeremos juntos.”

Entonces el sastrecillo se volvió, y preparó un pastel espléndido, con harina, carne y cebolla que encontró ahí, y decoró la parte superior con hojas y flores de pasta de hermosas formas ya que él era un artesano, aun cuando no pudiera ejercer su oficio. Y mientras cocinaba, miró a su alrededor y le llevó heno a la vaca y a la cabra, maíz dorado al gallo y a la gallina, leche al gato y huesos y carne de su comida al gran perro gris. Y cuando el sastre y el hombrecillo gris estaban devorando el pastel, cuyo cálido olor llenó la pequeña casa, el hombrecillo gris dijo: “Otto tenía razón, eres un hombre bueno y honesto, y te preocupas por todas las criaturas de este lugar, sin dejar de atender a na-



die y sin dejar nada por hacer. Te daré un regalo por tu amabilidad. ¿Cuál de éstos eliges?”

Y colocó tres cosas frente al sastre. La primera era una pequeña bolsa de piel, que tintineó un poco cuando la soltó. La segunda era una olla, negra por fuera, pulida y reluciente por dentro, sólida y amplia. Y la tercera era una pequeña llave de cristal, modelada con forma frágil y fantástica, que brillaba con todos los colores del arcoiris. Y el sastre, en busca de consejo, miró a los animales que lo contemplaban, y todos le vieron con benevolencia. Y pensó, yo sé de tales regalos de la gente del bosque. Puede ser que el primero sea una bolsa que nunca está vacía y el segundo una olla que proporciona comida saludable siempre que se le pida de manera correcta. He escuchado de tales cosas y he conocido a hombres a quienes se les ha pagado con esas bolsas y que han comido de esas ollas. Pero nunca vi ni escuché nada sobre una llave de cristal y no puedo imaginar qué uso tendrá; se rompería en cualquier cerradura. Pero deseaba la pequeña llave de cristal, porque él era un artesano, y podía ver que el soplado de todas esas delicadas guardas y el cilindro había requerido de una habilidad magistral y porque no tenía ninguna idea de lo que hacía o podía ser, y la curiosidad ejerce un gran poder sobre los hombres. Así que le dijo al hombrecillo, “Tomaré la preciosa llave de cristal.” Y el hombrecillo respondió: “No has elegido con prudencia, sino con arrojo. Ésa es la llave para una aventura, si es que vas en busca de ella.”

“¿Por qué no?”, respondió el sastre. “Ya que no se necesita de mi oficio en este inhóspito lugar, y ya que no he elegido con prudencia.”

Entonces los animales se acercaron con su aliento tibio y lechoso que olía dulcemente a heno y a verano, y su mirada afable y reconfortante, que no era humana; la pesada cabeza del perro yacía en el pie del sastre, y el gato pardo estaba sentado en el brazo de la silla.

“Debes salir de esta casa”, dijo el hombrecillo gris, “y llamarla a ella, al Viento del Oeste. Cuando venga muéstrale tu llave y deja que te lleve a donde quiera; no te resistas ni te preocupes. Si te opones o haces preguntas, te lanzará a las espinas y te irá mal antes de

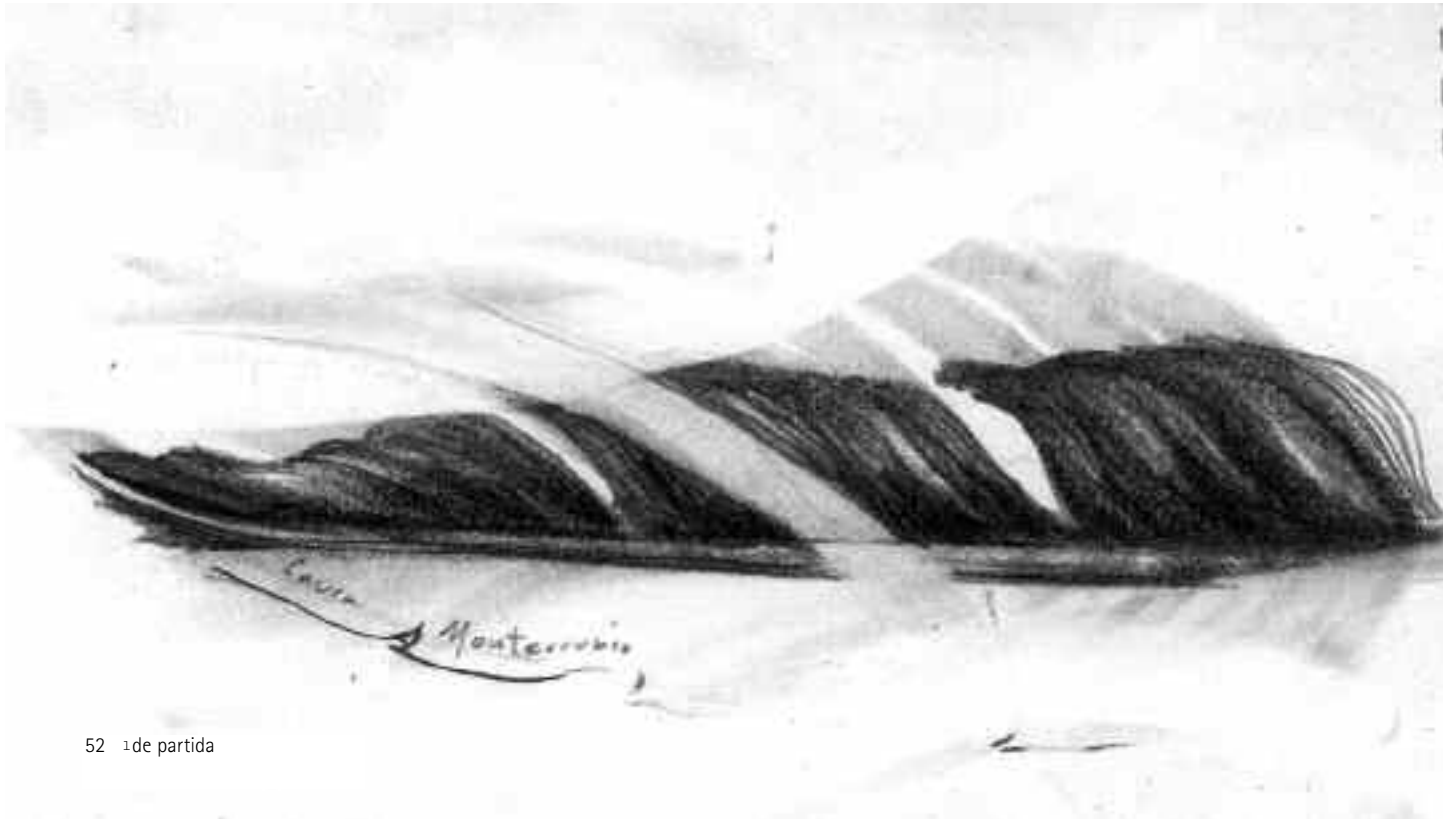


que puedas salir de ahí. Si te lleva te dejará en un gran monte desolado, sobre una gran piedra, hecha de granito, que es la puerta a tu aventura, aunque parezca que está fija e inamovible desde que el mundo se creó. Sobre esta piedra debes colocar una pluma de la cola de este gallito, la cual te dará con gusto, y la puerta se abrirá ante ti. Debes descender sin miedo ni vacilación, y bajar más y más aún; verás que tu llave de cristal iluminará el camino si la sostienes frente a ti. Con el tiempo llegarás a un vestíbulo de piedra, con dos puertas que conducen a pasillos bifurcados por los que no debes continuar, y a una puerta de poca altura con cortinas que lleva más adelante y hacia abajo. No debes tocar esta cortina con la mano, sino que debes deslizar en ella la pluma blanca como la leche que la gallina te dará, y unas manos invisibles abrirán la cortina en silencio, las puertas detrás de ella estarán abiertas, y tú podrás entrar al pasillo donde encontrarás lo que debes encontrar.”

“Bien, me aventuraré”, dijo el sastrecillo, “aunque me dan mucho miedo los lugares oscuros bajo la tierra, donde no hay luz de día y lo que hay arriba es denso y

pesado.” Entonces el gallo y la gallina le permitieron tomar una pluma negra y esmeralda, brillante y bruñida, y una suave pluma de color blanco cremoso. Él se despidió de todos, se internó en el claro, y llamó al Viento del Oeste, sosteniendo su llave.

Y fue una sensación encantadora y de lo más inquietante, cuando los largos y etéreos brazos del Viento del Oeste se estiraron sobre los árboles y lo recogieron; todas las hojas tiritaban, hacían ruido y temblaban a su paso; la paja bailaba frente a la casa y el polvo se levantaba y volaba alrededor de pequeños remolinos. Los árboles lo agarraban con sus ramitas como dedos mientras él se levantaba entre ellos, tambaleándose aquí y allá en medio de las ráfagas, y después sintió que el gran Viento lo sujetaba contra su invisible seno mientras se arrojaba al cielo gimiendo. Recostó la cabeza en sus etéreas almohadas, y no gritó ni opuso resistencia; y la canción del Viento del Oeste, cual suspiro, llena de una fina lluvia y de la oblicua luz del sol, de numerosas nubes y de la penetrante luz de las estrellas, lo envolvió dando vueltas y vueltas.



El Viento lo bajó, como el hombrecillo gris había predicho, en una enorme piedra gris de granito, picada, con marcas y gastada. Escuchó el ulular del Viento al irse a toda prisa, se inclinó y deslizó la pluma de gallo sobre la piedra, y contempló a la enorme roca balancearse, con un chirrido y un crujido profundo, hacia arriba en el aire y después hacia el suelo, como un pivote o una balanza, levantando olas de tierra y brezo cual agua de mar espesa, y mostrando un pasadizo oscuro, frío y húmedo debajo de las raíces del brezo y las raíces espinosas de la aulaga. Entonces entró, con el valor suficiente, pensando todo el tiempo en lo denso de las rocas, la turba y la tierra sobre su cabeza; el aire en ese lugar era frío y húmedo y el suelo bajo sus pies estaba empapado. Pensó en su pequeña llave, la sostuvo frente a él con valor, y ésta generó una lucecita brillante, pálida y plateada, que iluminaba un paso a la vez. Así bajó al vestíbulo, donde estaban las tres puertas, y debajo del umbral de las dos puertas grandes brillaba una luz cálida y tentadora, y la tercera estaba detrás de una cortina de piel que olía a humedad. Tocó la cortina, sólo rozándola con la punta

de la suave pluma de gallina, y ésta se abrió en pliegues angulares como las alas de un murciélago, y más allá una pequeña y oscura puerta se abrió a un diminuto agujero; en él, pensó, quizá sólo podrían caber sus hombros. En ese momento en verdad tenía miedo, ya que su pequeño amigo gris no había dicho nada de este angosto y pequeño lugar, y pensó que si metía su cabeza tal vez nunca podría salir vivo.

Entonces miró hacia atrás y vio que el pasadizo al que había descendido era uno de muchos, todos agrietados, con forma de gusanos, empapados y enredados con raíces, y creyó que nunca podría encontrar el camino de regreso por lo que forzosamente debía seguir adelante y ver qué le esperaba. Necesitó todo su valor para meter la cabeza y los hombros en esa entrada, pero cerró los ojos y se retorció y se giró y, después de un rato, cayó en una gran cámara de piedra, iluminada por una suave luz que atenuaba el brillo de su luminosa llave. Era un milagro, pensó, que el cristal no se hubiera quebrado en esa difícil refriega, pero estaba tan transparente y frágil como siempre. Miró a su alrededor y vio tres cosas. La primera era una pila





de botellas y frascos de cristal, todos cubiertos de polvo y telarañas. La segunda era una cúpula de cristal, del tamaño de un hombre, y un poco más alta que nuestro héroe. Y la tercera era un brillante ataúd de cristal, que estaba sobre un rico paño de terciopelo en un caballete dorado. Y de todas estas cosas procedía la suave luz, como la luz tenue de las perlas en la profundidad del mar, como la luz fosforescente que se mueve de noche en la superficie de los mares del sur o que brilla alrededor de los abundantes bancos de arena, blancos como leche sobre sus dardos de plata, en nuestro oscuro Canal de la Mancha.

Bien, pensó, una o todas éstas es mi aventura. Miró las botellas, que eran de muchos colores: rojas, verdes, azules y topacio ahumado; y contenían briznas o enjuagues, un suspiro de humo en una, un líquido espirituoso en otra. Todas estaban cerradas y tapadas con un corcho, y él era demasiado cauto para abrirlas antes de ver mejor dónde estaba y qué debía hacer.

Se movió hacia la cúpula, la cual se deben imaginar como las alfombras mágicas que han visto en su sala, bajo las cuales habita todo tipo de pequeñas aves brillantes, tan naturales como la vida en sus ramas o los vuelos de misteriosas palomillas y mariposas. O quizá han visto una bola de cristal que contiene una casa diminuta y que se puede agitar para producir una espléndida tormenta de nieve. Esta cúpula contenía un castillo entero, ubicado en un hermoso jardín, con árboles, terrazas y huertos, lagos con peces y rosas trepadoras, y brillantes estandartes en sus muchas torrecillas. Era un lugar bello y magnífico, con innumerables ventanas y escaleras serpenteadas, con césped, un columpio en un árbol y todo lo que se podría desear en una residencia amplia e ideal; sólo que estaba totalmente en calma y era tan diminuta que se necesitaba una lupa para ver lo intrincado de sus tallados y accesorios. El sastrecillo, como les he dicho, era ante todo un artesano, y contempló maravillado este hermoso modelo y no podía imaginar qué finas herramientas o instrumentos lo habían tallado y cincelado. Le quitó un poco de polvo, para maravillarse más, y después se dirigió al ataúd de cristal.

¿Se han preguntado dónde un arroyo que fluye con rapidez se convierte en una pequeña caída de agua, o cómo la corriente de agua se vuelve tranquila y cristalina y, debajo de ella, su todavía aparente carrera arrastra los hilos finos y largos de las algas que tiemblan un poco, pero se extienden en la corriente? Así, bajo la superficie del grueso cristal, yacían muchísimos hilos largos de oro, que llenaban toda la cavidad de la caja con sus giros y volteretas, por lo que primero el sastrecillo pensó que estaba frente a una caja llena de hilos de oro, para hacer tela de oro. Pero después, entre la fronda, vio un rostro, el rostro más hermoso que podía haber soñado o imaginado, blanco y en calma, con largas pestañas doradas en las mejillas sin color, y una pálida boca perfecta. Su cabello dorado la envolvía como un manto, pero donde cruzaba su rostro se movía un poco por su respiración, por lo cual el sastre supo que estaba viva. Y supo —así es, después de todo— que la verdadera aventura sería liberar a esta durmiente, quien después sería su agradecida esposa. Pero era tan hermosa y estaba tan tranquila que se resistía un poco a molestarla. Se preguntó cómo habría llegado ahí, cuánto tiempo había estado allí, cómo sería su voz y otras mil ridiculeces, mientras ella inhalaba y exhalaba alborotando los hilos de oro de su cabello.

Y después vio una pequeñísima cerradura en un lado de la suave caja, que no tenía ninguna hendidura o grieta visible, sino que estaba entera como un cascarón de hielo. Y supo que ésa era la cerradura para su delicada y maravillosa llave, y con un pequeño sus-

piro la metió en ella y esperó. Por un momento toda la superficie quedó perfectamente cerrada y lisa, mientras la llavecita se deslizaba en la cerradura y se detretía, al parecer, en el cuerpo de cristal del ataúd. Y después, de manera muy ordenada, y con un extraño tintineo como el de las campanas, el ataúd se rompió en una serie de largas esquirlas de carámbanos, que sonaban y se desvanecían al tocar el piso. Y la joven durmiente abrió los ojos, azules como el bigaro, o como el cielo de verano, y el sastrecillo, porque sabía que eso era lo que tenía que hacer, se inclinó y besó la perfecta mejilla.

“Debes ser tú”, dijo la joven, “tú debes ser a quien había estado esperando, quien debía liberarme del hechizo. Tú debes ser el príncipe.”

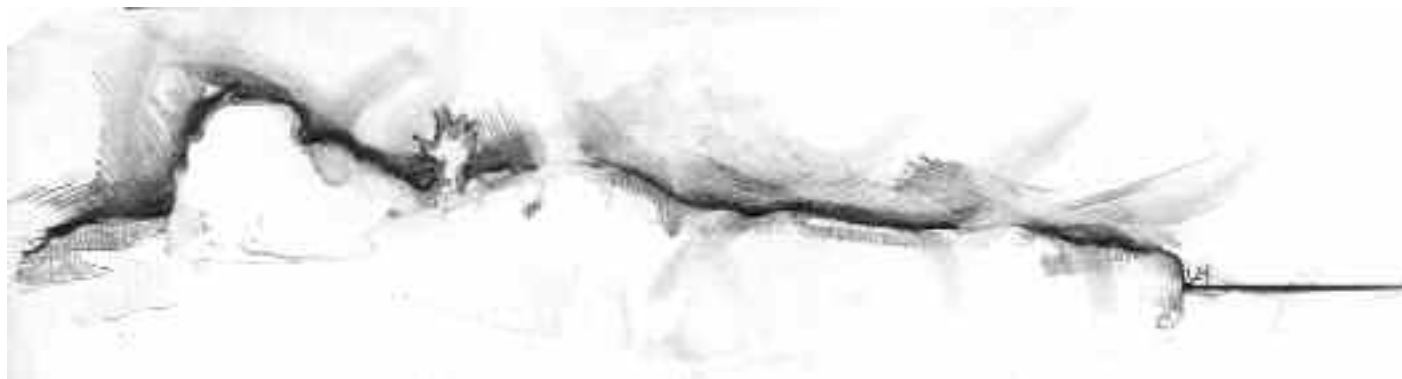
“Ah, no”, dijo nuestro héroe, “en eso te equivocas. Yo no soy nada más —y de hecho, nada menos— que un magnífico artesano, un sastre, en busca de trabajo para mis manos, un trabajo honesto para vivir.”

Entonces la joven se rió alegremente, su voz fortaleciéndose después de los que debieron ser años de silencio, y todo el extraño sótano se llenó de sus risas, y los fragmentos de cristal tintinearón como campanas rotas.

“Tendrás lo suficiente y más, para vivir por siempre, si me ayudas a salir de este oscuro lugar”, dijo. “¿Ves ese hermoso castillo encerrado en el cristal?”

“Claro, y me maravilla la habilidad de quien lo hizo”.

“Eso no fue obra de un escultor ni de un miniaturista, sino de magia negra; yo vivía en ese castillo, y los bosques y los prados que lo rodean eran míos; los





recorría libremente, con mi querido hermano, hasta que una noche llegó el mago negro buscando refugio del pésimo clima. Debes saber que tenía un hermano gemelo, tan bello como el día y tierno como un cervato, sano como el pan fresco y la mantequilla, cuya compañía me complacía tanto como a él la mía, por lo que nos juramos nunca casarnos y vivir por siempre tranquilos en el castillo, y cazar y jugar juntos cada día. Pero cuando este extraño tocó la puerta, en medio de la tormenta huracanada, con su sonrisa y su sombrero y su capa mojados escurriendo por la lluvia, con entusiasmo mi hermano lo invitó a entrar, y le ofreció carne y vino y una cama para pasar la noche; y cantó con él, jugaron cartas y se sentaron cerca del fuego, para hablar del vasto mundo y sus aventuras. Como no estaba a gusto con esto, sino más bien un poco triste porque mi hermano disfrutaba la compañía de otro, me fui temprano a la cama y me quedé acostada oyendo cómo el Viento del Oeste aullaba entre las torrecillas y, después de un momento, caí en un agitado sueño. Me despertó una extraña música, muy hermosa y vibrante, que provenía de todos lados. Me senté y traté de ver qué podría ser o significar; vi que la puerta de mi recámara se abría lentamente y él, el extraño, se acercaba a grandes pasos, ya seco, con su cabello negro y rizado y un rostro sonriente y peligroso. Traté de moverme, pero no pude, era como si una cinta sujetara mi cuerpo, y otra cinta estuviera atada en mi rostro. Me dijo que no quería hacerme daño, que era un mago, que había hecho sonar la música a mi alrededor; deseaba tener mi mano en matrimonio y vivir en paz en el castillo, conmigo y con mi hermano, a partir de ese momento. Y le dije —ya que me permitió responder— que no deseaba casarme, sino que deseaba vivir soltera y feliz con mi querido hermano y nadie más. Entonces contestó que eso no podría ser, que me tendría lo quisiera o no, y que mi hermano compartía su opinión al respecto. Eso lo veremos, le dije, y respondió sin inmutarse, mientras los instrumentos invisibles vibraban, zumbaban y sonaban por todo el cuarto, “Tú lo verás, pero no debes hablar de esto ni de nada de lo que pasó aquí, te haré callar tanto como si te hubiera cortado la lengua.”

“Al día siguiente traté de prevenir a mi hermano, pero pasó lo que el mago negro había dicho. Cuando abrí la boca para hablar del tema fue como si mis labios estuvieran cosidos con grandes puntadas, y mi lengua no se movía. Aunque podía pedir que me pasaran la sal, o disertar sobre el mal clima, por lo cual mi hermano, para mi gran desilusión, no notó nada, y propuso alegremente salir a cazar con su nuevo amigo, dejándome en casa sentada frente a la chimenea y sintiendo en silencio la angustia de lo que podía pasar. Todo el día me quedé ahí sentada, y hacia la noche, cuando las sombras se alargaron en el césped del castillo y los últimos rayos del sol eran ordinarios y gélidos, supe con certeza que algo terrible había sucedido y salí corriendo del castillo, hacia el bosque oscuro. Y de ahí venía el hombre negro guiando a su caballo con un brazo, y con el otro a un sabueso gris y alto con la cara más triste que he visto en criatura alguna. El mago oscuro me dijo que mi hermano se había ido, que no regresaría en un largo tiempo y que me había dejado a mí, y al castillo, a su cargo. Me lo dijo con alegría, como si no importara mucho si le creía o no. Le respondí que de ninguna forma me sometería a tal injusticia y me alegré escuchar mi propia voz firme y segura; temía que mis labios fueran sellados de nuevo. Mientras hablaba, el sabueso gris derramó grandes lágrimas, más y más, cada vez más tristes. Y de alguna manera supe, creo, que el animal era mi hermano, en esta forma mansa e indefensa. Me enojé. Y le dije que nunca entraría en mi casa, ni se me acercaría, con mi consentimiento. Me dijo que había percibido correctamente, que él no haría nada sin mi consentimiento, el cual trataría de ganar, si se lo permitía. Y le contesté que eso nunca pasaría y que nunca debía esperarlo. Entonces se enojó y me amenazó con callarme para siempre si no aceptaba. Le dije que sin mi querido hermano poco me importaba dónde estaba, y que no quería hablar con nadie. Me dijo que ya vería si era así después de pasar cien años en un ataúd de cristal. Hizo algunos pases y el castillo se redujo, se encogió, hizo uno o dos ademanes más y se cubrió de hielo, como lo ves ahora. Y confinó a mi pueblo, a los hombres y a las sirvientas que lle-

garon corriendo, cada uno en una botella de cristal y, por último, me encerró en el ataúd en el que me encontraste. Y ahora, si tú me llevas contigo, huyamos de este lugar antes de que el mago regrese, como lo hace de vez en cuando, para ver si he cedido.”

“Por supuesto que te llevaré conmigo”, afirmó el sastrecillo, “tú eres mi maravilla prometida, te liberé con mi llave de cristal desvanecida y ya te quiero de verdad. Aunque, ¿por qué te quedarías conmigo?, ¿sólo porque abrí la caja de cristal? Cada vez entiendo menos, y si recuperas el lugar que te corresponde, cuando tu hogar, tus tierras y tu gente sean de nuevo tuyos, espero que te sientas libre de reconsiderar el asunto y seguir, si así lo deseas, sola y soltera. Para mí es suficiente haber visto el extraordinario tejido de oro de tu cabello, y haber tocado con mis labios la más blanca y delicada mejilla.” Y se preguntarán, mis queridos y muy inocentes lectores, si lo dijo con más gentileza que astucia, ya que la dama había decidido entregarse a él y ya que el castillo con sus jardines, aunque ahora sólo mensurables con alfileres, finas puntadas, uñas del pulgar y dedales, eran lo suficientemente arrogantes y magníficos como para que cualquier hombre deseara pasar ahí el resto de sus días. La hermosa dama entonces se sonrojó, con un cálido y rosado color en sus blancas mejillas, y se le escuchó murmurar que el hechizo era el hechizo, que recibir un beso después de la exitosa desintegración del ataúd de cristal era una promesa, como son los besos, si se reciben voluntaria o involuntariamente. Mientras estaban discutiendo de este modo, cortésmente, las sutilezas morales de su interesante situación, escucharon un sonido aproximarse, y una vibración melodiosa, y la dama se agitó y dijo que el mago negro estaba a punto de llegar. Y nuestro héroe, por su parte, se sintió abatido y temeroso, ya que su pequeño mentor gris no le había dado instrucciones para esta eventualidad. Aun así, pensó, debo hacer lo que pueda para proteger a la dama, a quien tanto le debo, y a quien sin duda, para bien o para mal, he liberado del sueño y el silencio. No llevaba consigo ningún arma excepto sus agujas y sus afiladas tijeras, pero se le ocurrió que podía hacer algo con las esquirlas de cristal del sarcófago roto. Así que



tomó la más larga y filosa, envolviendo su empuñadura en su delantal de piel, y esperó.

El artista negro apareció en el umbral, envuelto en su serpentina capa negra, sonriendo como fiera, y el sastrecillo tembló y levantó su esquirra, pensando que su enemigo la detendría con magia, o congelaría su mano en movimiento al golpearlo. Pero el otro simplemente avanzó y, cuando se acercó a la dama, estiró una mano para tocarla después de lo cual nuestro héroe le pegó en el corazón con toda su fuerza; la es-

quirra de cristal entró profundamente y el mago cayó al piso. Y he aquí que se secó y se marchitó frente a sus ojos, y se convirtió en un pequeño puñado de polvo gris y de cristal. Entonces la dama lloró un poco, dijo que el sastre ahora la había salvado dos veces y era en todo sentido digno de su mano. Y ella aplaudió, y de pronto todos flotaron en el aire, hombre, mujer, casa, frascos de cristal, montón de polvo, y se encontraron afuera en la fría ladera donde el original hombrecillo gris estuvo con Otto el sabueso. Y ustedes, mis sagaces lectores, habrán percibido y entendido que Otto era el mismísimo sabueso en el que el joven hermano de la dama del ataúd había sido transformado. Así que ella se reclinó en su cuello gris y peludo, llorando lágrimas brillantes. Y cuando sus lágrimas se mezclaron con las lágrimas saladas que caían en la mejilla de la gran bestia, el hechizo terminó y él estuvo de pie frente a ella, un joven de cabello dorado con traje de caza. Se abrazaron, por un largo rato, con sus corazones embargados por la emoción. Mientras tanto el sastrecillo, con la ayuda del hombrecillo gris, había golpeado la caja de cristal donde estaba el castillo con las dos plumas del gallo y la gallina, y con un súbito y extraño estruendo, el castillo apareció como debió haber sido, con escaleras majestuosas e innumerables puertas. Entonces el sastrecillo y el hombrecillo gris abrieron las botellas y los frascos y de los cuellos de éstos salieron líquidos y humos, y se convirtieron en hombres y mujeres, mayordomo y guardabosques, cocinero y doncella, todos sumamente desconcertados de encontrarse donde estaban. Luego la dama le dijo a su hermano que el sastrecillo la había rescatado de su sueño y había matado al mago negro y que había ganado su mano en matrimonio. Y el joven dijo que el sastre lo había tratado con amabilidad, y debía vivir con ellos en el castillo y ser feliz para siempre. Y así fue, vivieron felices para siempre. El joven y su hermana salían a cazar al bosque, y el sastrecillo, cuya inclinación no era la misma, se quedaba frente a la chimenea y por las tardes era feliz con ellos. Sólo faltaba una cosa. Un artesano no es nada si no ejerce su oficio. Así que ordenó que le llevaran la más fina seda e hilos brillantes, e hizo por placer lo que una vez había hecho por necesidad. ♣

El hierro y la pólvora: historia y ficción

Rodrigo Martínez

Jorge Galván
 El hierro y la pólvora
 UNAM-Alfaguara, 2006

En *La riqueza y la pobreza de las naciones*, un extraordinario libro sobre la historia económica de las civilizaciones, David S. Landes expone lo que nombra como el proceso de apertura. Este momento de la historia humana significó el tránsito hacia la era colonial. Los pueblos europeos, que eran pueblos navegantes, hicieron una serie de descubrimientos. También hallaron nuevas rutas en el mar, conocieron otras civilizaciones y comenzaron a ocupar un continente hasta entonces desconocido.

En este proceso, Europa no sólo trasladó su cultura a otros terrenos, sino que condujo sus ambiciones hasta donde las circunstancias se lo permitieron. Sólo que, mientras algunos pueblos del Viejo Mundo supieron cómo aprovechar la riqueza territorial, los recursos y hasta la presencia humana de aquellas regiones, otros se conformaron con el pillaje y la rapiña. Ése fue el caso de España, un imperio que no tuvo la visión de los británicos, quienes decidieron habitar los territorios descubiertos y laborar en ellos. En cambio, los ibéricos, al interesarse únicamente en la búsqueda de tesoros y riquezas fáciles, desaprovecharon las posibilidades de una colonización emprendedora. España no fue capaz de trabajar el oro y la riqueza obtenidos en el Nuevo Mundo pues, una vez que los tenía, los despilfarraba.

En la novela *El hierro y la pólvora* hay una síntesis de esta visión. La historia y la ficción se funden para encarnar el pensamiento de Bernal Díaz del Castillo, quien narra distintos episodios de las expediciones ibéricas en la Nueva España. En esta obra, donde la documentación histórica se entrecruza con la literatura de forma extraordinaria, la voz del protagonista expresa la visión de Landes; una mirada que anuncia los errores que cometería España a partir de la gran apertura mundial:

“...nosotros no vinimos a Indias a conseguir estaño ni ámbar ni a visitar a los hiperbóreos ni a mercar caña de azúcar ni abalorios ni baratijas: llegamos a Indias por oro, por todo el oro del mundo, todo el oro que pudiésemos haber. A nosotros no nos interesaba el estaño, ni el ámbar, ni el maíz ni los penachos ni las mantas de estos indios adoradores de ídolos, ni nos podían interesar los indios en sí mismos, esos seres sin alma que ha sido menester convertir a nuestra religión. Ni mucho menos



nos podía interesar su religión llena de torpedades y de sacrificios humanos y sanguinaria a más no poder. Nos interesaba el oro: queríamos nadar en oro, queríamos comer oro, cagar oro, escupir oro, eyacular oro, poseer hembras con naturas bañadas en oro y con tetas doradas. Queríamos oro más que a nuestras madres, más que a nuestras hembras, más que a nuestro Dios. El oro lo era todo, sin oro éramos nada.”

Al mirar estas líneas, *El hierro y la pólvora* parece una versión maniquea de la antigua historia mexicana. A pesar de ello, uno de los mayores atributos de esta novela es su balance al tratar hechos y personajes del pasado. Aunque el lector descubre que Hernán Cortés no fue el gran estratega que tanto presumen las enciclopedias ibéricas, sino un conquistador afortunado, y que Alvarado fue un asesino capaz de aniquilar a infantes y mujeres por oro, también es posible que perciba el lado oscuro del imperio azteca: una civilización tributaria que oprimió a otras culturas mesoamericanas. En esta interpretación, desmenuzada con las posibilidades de la literatura, descubrimos a un Moctezuma débil, infame e incapaz de dirigir a los suyos hacia una victoria. Vemos a un pueblo cuyo espíritu era sanguinario y opresor.

Es por esta razón que la primera novela de Jorge Galván tiene como máximo logro la elaboración narrativa de lo histórico. Y es que, desde el punto de vista literario, la estructura del relato produce que el ritmo y el tono se desvanezcan. Una vez que el lector se ha sumergido en los episodios de la conquista, los cuales son contados con un estilo directo e intenso, y cuando ha llegado a la secuencia de la Noche Triste, misma que significa un momento de dramatismo con notable y trágica belleza, el autor rompe con la linealidad y cede la narración a dos voces distintas: el padre y la mujer de Bernal Díaz. Si la novela tuviera un argumento, y no sólo se dedicara a contar una historia —aspectos que no son iguales de acuerdo con el escritor inglés E. M. Forster—, la lucidez prosística no se extraviaría.

Pushkin y Calvino alababan la brevedad en la literatura. *El hierro y la pólvora* tiene esta carencia. Cuando al narrador cambia, la atmósfera del relato se modifica y se pierde. La aparición de la voz del padre, quien habla desde otro mundo, y de Teresa Becerra, no aportan materia prima a la novela. Y si a ello sumamos la ausencia de un argumento, el efecto se multiplica. Estos pasajes sólo son un momento de ruptura que, en vez de aportar *suspense* al relato, lo aletargan. Únicamente la amalgama entre la historia y la ficción embellece estas páginas.

A pesar de ello, *El hierro y la pólvora* es una oportunidad para imaginar, desde muchos ángulos, esa terrible batalla entre civilizaciones. Aquí nos damos cuenta de que se equivocan quienes afirman que dos pueblos se confrontaron. Mentira: la guerra de conquista fue una guerra de ambición y de emancipación; fue una guerra de varias y distintas culturas. Una de ellas, surgida en la Península Ibérica, nos ha cedido sus ojos para comprender aquellos episodios. La voz de Bernal Díaz del Castillo, autor de aquella magna *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, se revitaliza por obra del conocimiento histórico y la pericia literaria.

Es cierto que la aproximación al castellano de la época novelada no es del alcance de la de un texto como *Diario maldito de Nuño de Guzmán* (Herminio Martínez), pero el personaje se encuentra poco a poco en el lenguaje. Por ello, fue un hecho afortunado que Jorge Galván adoptara el enfoque de una obra como *Las memorias de Adriano* (Marguerite Yourcenar) para realizar su novela. Esa voz narrativa y el juego lingüístico tienen tal impacto que el lector, antes que conocer la historia, la percibe; antes que asumir un bando, comprende las circunstancias del conflicto pues, con base en imágenes y sensaciones, capta la idea de tragedia. De una tragedia alimentada por la violencia, la ignorancia, el prejuicio, la ambición y la cobardía. En esta novela hay un cúmulo de impresiones y emociones contenidas en esa arquitectura trazada por la combinación de historia y ficción.

Son muchas las novelas históricas que han trascendido hasta convertirse en referentes de las letras mexicanas. *La sombra del caudillo* (Martín Luis Guzmán), *Los de abajo* (Mariano Azuela), *Noticias del imperio* (Fernando del Paso), *Gonzalo Guerrero* (Eugenio Aguirre) y *Los símbolos transparentes* (Gonzalo Martré) son algunos ejemplos. En todas ellas existe rigor documental y precisión literaria, lo que las hace literatura de perfil elevado. *El hierro y la pólvora* no pertenece a esta categoría, pero, entre las obras sobre la historia de México, corresponde a ese grupo de obras bien acabadas que merecen ser recordadas. **P**

(Sencillamente) espectacularmente supersónico

Luis Téllez Tejeda

Con el estigma de ser música de elevador, de avión, de película de Mauricio Garcés (hay ciertos círculos que siguen odiando lo insulso de aquel cine que retrata lo ingenuos que fuimos hasta para el erotismo), de comercial, incluso los arreglos y composiciones de Juan García Esquivel permanecieron mucho tiempo olvidados, relegados a puestos de discos de segunda mano, perdidos entre joyas sonoras igualmente vejadas por el tiempo en cajas polvorosas expuestas bajo el sol en espera de algún arqueólogo musical que valorara su contenido encriptado en el código del vinil.

Desde la década de los cincuenta del siglo que se fue hace seis años y hasta poco antes de morir en 2002, Esquivel se mantuvo fiel a la música, a la recreación del espíritu humano a través del oído frente a su piano y al amparo del supino ingenio que lo acompañó, únicos recursos con que invocó la vitalidad impresa en su obra. Sin embargo, el legado del creador de la música sonorámica quedaría aletargado en el ir y venir de modas que hicieron del *pop* el *soundtrack* de los últimos treinta años del siglo XX.

Y cual lugar común en que se convierten las biografías de artistas, ahora se reconsidera la música de Esquivel y se le llama visionario; se dice de él que se anticipó a su tiempo y todo un rosario de frases hechas que afortunadamente cobran sentido ante genios como el músico morelense del que hablamos.

Abril llegó a la Ciudad de México con un homenaje a Juan García Esquivel, teniendo como escenario el



neoclásico y recientemente remodelado Teatro de la Ciudad (siempre será más bonito decirle Esperanza Iris, los lugares con nombre de mujer despiertan emociones corporales) y como marco el XXII Festival de México en el Centro Histórico (ha cambiado tanto de nombre que en rigor sería el segundo o tercero, manteniendo la calidad y el alma originarios).

Llovizó sobre el centro de la ciudad, el aforo del recinto se completó a temprana hora. El público era bastante sintomático del fenómeno *lounge*: o jóvenes o viejos, todos notados conocedores de la música antaña que regresa a ocupar los gustos de numerosas personas; en medio, una generación ausente, los padres de los primeros, hijos de los segundos, aquellos que dejaron el *kitsch* para dar paso al resurgimiento (y si seguimos con revaloraciones, a este paso nuestros hijos van a rescatar las señas de humo) de la música popular y tradicional de los pueblos latinoamericanos, aquellos que marcharon con Leonard Cohen y que recorrieron el mundo cantando a Silvio Rodríguez. Aquí estaban los que dejaron atrás los extremismos y han aprendido gozosamente a llevar en el reproductor de MP3 a Mahler y a Rigo Tovar, o aquellos que jamás dejaron la música instrumental y ahora sintonizan El Fonógrafo (le da la hora y la temperatura) enojándose cada vez que programan a Mocedades o a Napoleón porque va contra la nostalgia bolerística y de *big band*.

La música instrumental (el simple término remite a un abuelo bonachón rociando colonia Sanborns en



su pañuelo para salir a cobrar la pensión) de Esquivel no disfrutó en otros tiempos el escenario de un espacio consagrado al arte, era música de centro nocturno (una recopilación de Esquivel da cuenta de ello: *Cabaret mañana*, RCA, 1995), como lo sugieren las fotos mostradas en una pésima proyección que despertó el chiflido desde primera fila hasta gayola, que daba cuenta de los lugares futuristas en ciudades estadounidenses (los supersónicos en su máximo esplendor: unicel y papel aluminio) donde se presentaba la orquesta de Esquivel.

Llegó, pues, dicha música a un escenario en el cual apreciarla, interpretada por un conjunto ecléctico en donde los haya de intérpretes que como solistas le hacen al blues, a la música de cámara, al jazz o al tiki: la Waitiki Orchestrotica, sí, una orquesta de música exótica. Y no es que haya música exótica *per se* (no imagino qué adjetivo le pondría un decimero jarocho a Ute Lemper), más bien las relaciones que se establecen en la aldea global entre parientes lejanos que descubren rasgos comunes con el otro y viceversa es lo que despierta la sensación de exotismo. ¿Por qué aquello que parece tan distinto me es tan cercano? (que no igual).

De aquellos extraños encuentros surge este homenaje: un disco hallado en una tienda de saldos, la imposibilidad de encontrar las partituras, divertirse en el escenario y llenar un teatro con un público expectante, que esperaba desde hace décadas o desde hace un par de años sublimarse con un cóctel de jocosidad magistralmente construido.

Los veintiún músicos en escena rápidamente llena-

ron el espacio con “Night and day”, primero dejando, paulatinamente, crecer a los instrumentos, acústicos todos, para después dar paso a las fusiones rítmicas que hicieron grande a Esquivel: chachachá en “Andalucía”, mambo en “Frenesí”, jazz en la “Marcha nupcial” de Mendelssohn.

Así es el *lounge*, la dimensión de la mezcla, ese espacio identitario para la convivencia de los géneros, de los tiempos, de los lugares más disímbolos (varios deseaban acompañar la música con un martini de mango y mezcal), la Waitiki muestra lo sublime de la variedad, saxofones y acordeón, guitarra acústica y corno, orquesta y voces sublimando las diferencias al compás de “Mini skirt” (“faldita” traduciría Brian O’Neill, gran promotor y bailarín de la noche) o de “Sentimental journey” (con silbidito de obrero neoyorkino y toda la cosa).

Asistir aquella noche al concierto de la Waitiki Orchestrotica pareciera un viaje al pasado y al futuro, a ese lugar temporal en donde se encuentra el futuro imaginado que es posible en el arte, en el *lounge*, en el *kitsch*, de disfrutar con lo que alguna vez fue insulso. Faltaron temas, no hay quien después de escuchar “Torna a Sorrento” con arreglos galácticos quede tranquilo. La concurrencia pedía varios e insospechados títulos (conocedor el público para citar a los clásicos): “Nereidas”, “El mambo universitario”, “Mucha muchacha”, y por supuesto, aquel tema que sigue a la espera de una buena persecución cinematográfica: “El cable”.

La orquesta agradeció el aplauso y la algarabía con un inacostumbrado *encore* que cerró la más *persó-*

